

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Liga Argentina de Profilaxis Social

SECRETARIA: ARENALES 1653

6/2-

De como he instruido a mis hijas sobre las cosas de la maternidad

POR
JEANNE LEROY-ALLAIS

VERSIÓN ESPAÑOLA POR EL DR. EMILIO R. CONI

Miembro y laureado (medalla de plata)
de la Academia de Medicina de París

FOLLETO N.º 14

PRECIO: 0.20 centavos

— A BENEFICIO DE LA LIGA —

29422

BUENOS AIRES

TALLERES GRÁFICOS "AMÉRICA" - TUCUMÁN 3648

1924

109 x 158

De como he instruido a mis hijas sobre las cosas de la maternidad

INTRODUCCION

Conviene instruir a las jóvenes sobre las cosas
de la maternidad

Desde que Genoveva, nuestra hija mayor, ha venido al mundo, esta cuestión ha sido debatida muchas veces entre mi marido y yo. Siempre se ha pronunciado él en sentido afirmativo. He aquí sus razones:

“Es deplorable que las jóvenes que llegan al matrimonio, no conozcan nada de sus obligaciones futuras y, dispongan de su persona y de su vida entera, sin saber a lo que se comprometen. Las explicaciones dadas en la víspera de la ceremonia, a prisa y en bloque, no sirven absolutamente para nada, sino para asustarlas o sublevarlas, según su carácter; siempre para perturbarlas.

“Si los hombres que se casan estuvieran persuadidos de que la educación conyugal no se hace en algunas horas, ni aún en algunos días, y exige una delicadeza extrema, podría dejárseles el cuidado, el honor de la completa iniciación. Pero mucho falta para que así sea y el placer del hombre no respeta el pudor de la esposa. De aquí el origen de numerosos disentimientos, disentimientos que no por ser a veces mal definidos por aquellos que los sufren, dejan por eso de ser menos reales y nefastos. La

distancia es demasiado grande entre lo que las jóvenes sueñan del amor y lo que podría llamarse *la materialidad del amor*".

Y si objeto que sería quizá clemente respetar sus ilusiones el mayor tiempo posible, mi marido replica:

"Sí, en teoría, pero no en la práctica. Es mejor, por el contrario, que sus ilusiones se evaporen lentamente como la bruma al sol; apenas lo advertirán y no sufrirán por ello. Y es conveniente aún no dejar nacer ilusiones que será menester destruir algún día. Es el paso brusco del ensueño a la realidad, lo que lastima las almas delicadas".

Mi cuñado, el doctor Paul Handriel, comparte las mismas ideas, expresadas de distinta manera.

"¿Qué véis de extraño en esa enseñanza? — dice.— Lo que encuentro absurdo y peligroso es no hablar razonablemente a las jóvenes para mostrarles las cosas como son.

"¡Con las modernas pretensiones a la educación llamada integral para las mujeres, se les mete en la cabeza multitud de ciencias que para nada les servirán y en cambio, se les deja ignorar a lo que las destina la naturaleza, lo que constituirá la principal función en su vida, es decir, la maternidad! ¡Se les instruye sobre la generación de las aves y se les oculta la generación humana, que tan poco difiere!

"Esta enseñanza, se dice, puede ofrecer peligros". En verdad, no veo cuáles, desde el momento en que se hace de manera conveniente y se trata de naturalezas bien equilibradas.

"Es nuestra madre quien nos ha instruido, puesto que éramos muy jóvenes cuando perdimos nuestro padre; lo ha hecho con prudencia y delicadeza infinitas, pero también con la más entera franqueza. ¿Pensáis que esto nos ha pervertido o simplemente perturbado? Por el contrario, hemos sido puestos al abrigo de esa curiosidad malsana que, demasia-

do a menudo, nos lleva a la depravación. Al hablar-nos nuestra madre teníamos fe en ella, porque nunca nos había mentido; desde entonces ninguna interpretación viciosa tenía acción sobre nosotros.

“¿Acaso las estudiantes de medicina y las enfermeras son, por haber sido instruídas, más pervertidas que esas doncellas delante de las cuales no se atreve uno a decir nada? Estaría inclinado a pensar lo contrario. Los pilluelos de la campaña, instruídos desde temprano por su contacto habitual con los animales domésticos, ¿son acaso más desvergonzados que los niños de la ciudad, reputados de no saber nada? Ciertamente que no. La naturaleza no puede ser corruptora. Lo que es pernicioso para la juventud, es conocer el libertinaje antes de estar en edad de apreciar el amor; es por considerar el amor, no como obra de procreación, sino como obra de voluptuosidad.

“Por otra parte, comprended bien que la ignorancia absoluta es casi imposible; se ve, se oye, se lee y se forma una opinión, siempre distinta de la verdad y a menudo más fea. Feliz todavía cuando no se busca la ciencia cerca de las personas menos calificadas para darla, me refiero a las sirvientas y amigas corrompidas.

“La sabiduría exige, pues, que intruyáis a vuestras hijas; hacedlo sin vacilación ni debilidad; será menos difícil de lo que pensáis.

“Proceded científicamente; es el medio más seguro y más fácil; estáis preparada para ese papel por vuestro espíritu de observación y por la inteligencia, el gusto mismo, que tenéis por la medicina; completaréis vuestra educación, a medida de las necesidades, por la palabra y el libro. Todo depende de emplear el tiempo suficiente, de aprovechar las ocasiones y saber presentar las cosas.

“Y si os quedara la menor duda, pensad que existen tales circunstancias que una joven no puede ig-

norar, puesto que está sujeta a sufrirlas. Genoveva es ahora de una edad en que debe ser instruída. Arreglaos, pues, para que esta primera lección sea, no una advertencia enredada, casi una excusa, como quien dice: "No penséis en ello demasiado, no es conveniente" o "...eso no vale la pena", sino una explicación franca, recta, sin reticencia. La naturaleza no tiene necesidad de que se ponga la mentira a su servicio; vale más que nuestras más sutiles invenciones".

I

La formación

Genoveva pronto tendrá trece años. Es alta, fuerte, admirablemente constituída. Su salud no nos ha causado jamás la menor preocupación. Tiene el cutis fresco, la mirada viva, la voz llena y de hermoso timbre. Es activa; sus movimientos son ágiles, diestros, pero sin precipitación, sin atropellamiento. Da la impresión de un perfecto equilibrio físico y moral.

Pero, desde hace algún tiempo, se siente fatigada sin motivo; su andar, su actitud, su mirada, denotan una flojedad que no le es habitual. A veces está pálida, otras veces su fisonomía se enciende hasta la raíz de los cabellos. Por la mañana dice a menudo: "He dormido mal esta noche; he tenido pesadillas", o bien: "he sentido mucho calor".

Mi cuñado la ha examinado con detención y su diagnóstico ha sido de lo más confortante:

—No tiene nada esta pequeñuela, nada absolutamente. La causa de todo es la edad y merced a su excelente constitución, todo marchará muy bien.

Héme, pues, tranquila. Pero la enseñanza, ante la cual he retrocedido hasta hoy, se me impone, ahora, a despecho de las exhortaciones y estímulos. La tarea me parece muy penosa, muy embarazosa. ¿De

qué manera voy a proceder para iniciar a mi hija en estas cosas nuevas e inesperadas? ¿Qué términos voy a emplear para no lastimar su tierna alma llena de pureza?

“Todo consiste en elegir el momento”, había dicho mi cuñado. He aprovechado, pues, la primera buena ocasión.

Genoveva se quejaba de dolor de cabeza, de pesadez en las piernas y declaraba tener ganas de no moverse más, nunca... Estábamos en el corral de aves; ella y el pequeño Máximo gustaban mucho de ocuparse de la “volateria”, como dice la madre Auvray. Esta nos hacía admirar los polluelos, cuando Máximo dijo, designando un grupo que se mantenía separado:

— ¡Son ciertamente muy feos! ¡Tienen aire muy imbécil! Huyen cuando uno se acerca a ellos, o tan sólo se les mira. Prefiero los polluelos bien redondos, pero no me gustan los pollos nuevos como esos.

Lo cierto es que no tienen buena presencia: flacos, de patas altas, cuellos alargados, plumas raras, aire asustado y huraño.

—No son viejos, señor Máximo,—replicó la madre Auvray, resentida por la falta de consideración con que se trataba a sus protegidos.—Es la *muda* que los torna vergonzosos y un tanto enfermos. Pero esto pasará. Seguramente son bellísimos polluelos y se tornarán lindas gallinas.

Al abandonar el corral, Máximo fué a tomar su lección de lectura y conservé cerca de mí a Genoveva.

—Pero, mamá, es mi hora de lección,—dijo la chica, un tanto asombrada de verme faltar a los hábitos de puntualidad, tan en honor entre nosotros.

—¡No importa! Bien veo que estás fatigada; reemplacemos el estudio por una buena conversación.

La buena conversación me embarazaba bastante y no sabía por dónde empezarla.

—No es exacto que los polluelos sean feos,—dije, para entrar en materia.

Genoveva pensaba sin duda todavía en el corral, pues, sin responder directamente a mi reflexión, preguntóme:

—¿Qué es la muda?

—Es una crisis a la que todos los animales y, sobre todo, los volátiles están sujetos, al pasar de una edad a otra, principalmente de la primera juventud a la adolescencia. La transformación siempre es penosa: es esto que los torna feos, tristes, y según la expresión de la madre Auvray, avergonzados. Pero esta crisis es pasajera y la buena mujer tiene razón, pues los lindos polluelos queridos por nuestro pequeño Máximo, se volverán bellas gallinas, robustas, ponedoras y madres de numerosa familia.

—¡Ah!—dijo Genoveva, cuyo interés parecía agotado.

Añadí:

—No son solamente los animales los que están sujetos a crisis de crecimiento. Todos los seres vivos sufren y en grado diverso, de sus sucesivas mutaciones.

Genoveva permanecía silenciosa, como preguntándose a sí misma si era para hablarle de la muda de los pollos que le hacía perder su hora de estudio. Proseguí:

—Es la misma causa por la cual mi hijita hoy no se siente bien.

La niña se incorporó, sorprendida y ligeramente sofocada, al verse comparada con los huéspedes del corral.

—Sí, pues, querida mía. Las niñas se sienten fatigadas de crecer mucho: el cuello, los brazos, se alargan como pueden y no siempre de manera armónica. Esto las vuelve desmañadas como los polluelos durante la muda. Ni unos ni otros se reconocen en el joven personaje que cambia cada día. Más

aún: las transformaciones exteriores nada son al lado de las internas.

Habíamos llegado al punto delicado de la explicación. Para abreviar, abrí un libro de medicina en el lugar señalado por mi cuñado y dije con seriedad más aparente que real:

—Mira. Esta lámina representa los órganos especiales de la mujer. Están contenidos en la pelvis. Sabes bien lo que es la pelvis, lo has aprendido en la historia natural.

—Sí,—respondió la pequeñuela, con la seguridad tranquila de la buena alumna.—Es la cavidad ósea que termina el tronco y sirve de punto de apoyo a los miembros inferiores. Se compone de huesos irregulares, anchos y aplanados, sólidamente reunidos por ligamientos y cartílagos. La pelvis encierra una parte de los intestinos.

—Bien, pues, Genoveva mía; he ahí una lección bien sabida y recitada. Pero la pelvis no encierra solamente los intestinos; sirve de abrigo a los órganos de que voy a hablarte: el útero o matriz, los ovarios y las trompas. Los ovarios, formados de cantidad enorme de pequeños cuerpos esféricos, llamados óvulos, que no son más gruesos que almendras. Los óvulos están encerrados en una cubierta, que se llama folículo de Graaf.

Uno después de otro los óvulos crecen hasta el momento en que, llegados a completa madurez, se desprenden del ovario, se deslizan a lo largo de las trompas, atraviesan el útero y desaparecen. Esto se produce cada veinte y ocho o treinta días.

Pero no hay evolución fisiológica que no traiga una crisis y lo más a menudo, una crisis de congestión, es decir, un aflujo de sangre hacia la parte en que se desarrolla el fenómeno.

Durante la digestión, el estómago principalmente está fuertemente congestionado; por esto es que después de las comidas conviene evitar los enfria-

mientos, la fatiga extremada y los esfuerzos violentos.

Lo mismo sucede cuando el folículo de Graaf se rompe para librar paso al óvulo: el ovario se congestiona y resulta de ello una hemorragia que dura algunos días, tanto más, tanto menos, según la naturaleza. ¿Me has comprendido bien?

Genoveva, con los ojos fruncidos como cuando uno reflexiona profundamente, miraba las láminas que tenía ante sus ojos. Por fin, dijo con un poco de vacilación:

—Pero me parece que sí, mamá; no es más complicado que la respiración, la circulación y la digestión.

—Pues bien, mi hija: has llegado a la edad en la que el cuerpo de las niñas cambia, “se forma”, para emplear la expresión consagrada. El pecho se desarrolla, las espaldas y las caderas se ensanchan y el talle, que permanece sensiblemente el mismo, parece adelgazarse, merced al contraste.

Todo esto es indicio del gran trabajo elaborado en la pelvis. Los órganos están en el punto requerido, para que periódicamente uno de los óvulos se desprenda, trayendo la congestión que provoca la hemorragia.

La primera vez que este hecho se produzca en tí, no te asustes, no te asombres; ven a avisarme, a mí sola. Por más discretas, por más delicadas que sean las personas que nos rodean, esta gran confianza pertenece por derecho a la madre.

Una buena noche, cuando hacía la última visita a mis hijos, encontré a Genoveva muy agitada.

—Ya está, mamá,—díjome.

—Y bien, querida mía,—respondí con mucha calma,—puesto que eso debía suceder de un día a otro ¿por qué no sería hoy?

—Pero es muy desagradable,—replicó Genoveva con aire fastidiado,—es mucho más desagradable de lo que yo creía.

Encontraba en mi hija la impresión que habia experimentado yo en idénticas circunstancias: impresión resultante de elementos complejos, en que dominaba el asombro, formando un todo penoso. Pero el susto que habia experimentado yo, pobre pequeña pensionista ignorante, le habia sido ahorrado a ella.

La ayudé a hacer su toilet de noche, la cubrí de cariños y del mismo modo que sucede cada vez que uno de mis hijos está enfermo o contrariado, me senté al lado de su cama, con la cabeza cerca de la suya. Entonces discurrimos.

—Comprende bien, querida mía, que aunque reconociendo el pequeño fastidio momentáneo que sufres, no puede menos de regocijarme. Lo que pasa es la seguridad de que todo funciona bien en estos órganos tan importantes, tan esenciales, que la menor lesión por ese lado basta para trastornar el aparato vital.

—No digo que no,—replicó Genoveva mal resignada,—¡pero, en verdad, varios días seguidos y tan a menudo!... Hay de qué envenenar la existencia.

—Pero no, hija mía. Todas las mujeres que conoces y yo misma, estamos sujetas a estos inconvenientes. ¿Acaso tenemos aire de personas cuya existencia está envenenada? Es cuestión de costumbre. Te acostumbrarás bien pronto a tu nuevo género de vida. Dejarás de ser una niña cuya principal ocupación es saltar a la cuerda y jugar al escondite, para volverte una joven tranquila, reposada, discreta en sus maneras y en su lenguaje. Poco a poco me secundarás en mi papel, a veces muy pesado, de ama de casa...

Genoveva escuchaba, dócil como siempre, mis palabras; los horizontes abiertos ante ella, que le pa-

recían llenos de horror, hacían contraste con su desagrado. Me separé de ella cuando la ví tranquila y animosa.

Hace ahora cinco meses que la niña se ha vuelto joven. La función está perfectamente regularizada, es normal y no da lugar a ninguna perturbación física. Pero Genoveva en esos momentos es de humor execrable; se irrita y se disgusta por nada.

Hasta ahora nada dije, pensando que tenía bastante con la evolución fisiológica, sin infligirle todavía un esfuerzo moral. Pero ahora que la acomodación parece perfecta, es menester que se habitúe a soportar con coraje, dignidad y discreción, las pequeñas penurias inherentes a la vida de mujer. Aproveché con solicitud la primera ocasión que se me presentó, para darle una lección.

Sus hermanos, sobre todo Carlos y Roberto, que son más o menos de su misma edad, la fastidian enormemente. En tiempo ordinario no necesita de nadie para protegerse—las niñas criadas entre varones aprenden desde temprano a defenderse;—devuelve golpe por golpe y la escena se termina generalmente por una reconciliación completa, protestas de amistad y cambio de regalos; en suma, más ruido que perjuicio.

Pero cuando Genoveva está mal, llora y se enoja; sus hermanos la llaman impertinente y la guerra estalla.

El otro día, después de una refriega más seria de lo común, he debido intervenir.

He tratado, en primer lugar, de reprender seriamente a los varones. Les hice comprender que Genoveva no era ya una niñita, que pronto usaría vestidos largos, que en adelante tendría más reserva y que ellos mismos debían de tener para con ella ciertas consideraciones. He añadido, con un poco de desdén, que si hallan correcto y generoso fastidiar a las niñas, ahí están Ana y Francisca para

tomar el lugar de su hermana mayor.

En seguida me consagré a Genoveva, a quien mi intervención, un poco severa, confirmaba en sus quejas y lloraba a sollozos, juzgándose gran víctima.

—Veamos, querida mía—díjele con ternura, pero también con firmeza—¿la pequeña escena reciente, vale acaso tantas lágrimas? Has pasado por otros trances. Tus hermanos no son malos y mucho te quieren. No te molestan tanto, sino porque tú te incomodas, pues vuestras querellas duran poco.

Ciertamente, no pretendo que tengan razón y hallen excusa. Hay momentos en que todas somos más susceptibles, más irritables, más nerviosas, en una palabra, que de costumbre; pero, hija querida, no debemos dejarnos dominar por los nervios. Cuando se conoce el por qué del mal humor, se razona y uno se domina. Debe decirse: “porque estoy bajo la acción de tal fenómeno, existen probabilidades para que vea las cosas peores de lo que son. Es menester, pues, que sea muy circunspecta, que evite enojarme o chocarme”. ¡Ah, querida mía, si cediéramos a todas las tentaciones de sequedad, de acritud, de amargura que nos asaltan, la vida no sería soportable! Muy bien sabes que son detestados los caracteres mal humorados, bruscos, ásperos.

Genoveva, un tanto avergonzada, enjugó sus lágrimas y cambió de gesto.

—Pero,—añadí,—si debemos ser severos con nosotros mismos, debemos ser indulgentes con los demás, sobre todo, con las mujeres que de nosotros dependen. Cuando veas bruscas e indolentes las que habitualmente desempeñan bien sus obligaciones, no las molestes y evita el imponerles ninguna tarea suplementaria o inútil. Sé paciente, espera que todo entre en orden, pues el buen humor y el coraje renacerán por sí mismos.

Ten piedad de nuestras obreras. Compara su suerte con la tuya. Colocada en las mejores condiciones

posibles de higiene y de bienestar, exenta de preocupaciones y de fatigas, sufres, con todo, de esa crisis común a todas las mujeres. ¿Concibes, pues, cuánto debe ser penoso para las que trabajan fuera de su casa, en los campos o en las fábricas, permanecer de pie horas enteras, levantar y trasportar fardos, y estar sometidas a esfuerzos continuos? Y para colmo, llegadas a sus hogares, cuando tendrían gran necesidad de reposo, deben ocuparse de un interior casi siempre en desorden, de hijos débiles o indóciles, de un marido demasiado a menudo déspota. ¡Son hechas como nosotras, las desgraciadas, están sujetas a nuestras mismas miserias; y estas son considerablemente agrandadas por la fatiga y la falta de cuidados!

Cuando pienses en estas cosas, Genoveva mía, tendrás vergüenza de llorar porque tus hermanos revuelven tus cajones o te hacen cosquillas en el pescuezo con pajitas.

II

La preñez

Mi sobrina Teresa Boirrenault espera un bebé. Como vive solamente a seis kilómetros de nuestra morada, la vemos a menudo, sea en su casa, sea en la nuestra.

Segura estaba de que su estado suscitara reflexiones de parte de las chicas. No me asusté, por otra parte, pues encontraba en ello un camino conveniente hacia la ciencia más extensa que fatalmente debían adquirir.

En efecto, ayer, Francisca, que no cuenta sino ocho años, vino a mi encuentro después de la partida de su prima, y como si se tratase de un asunto de importancia que no puede sufrir retardo:

—¡Oh, mamá!—díjome,—¿acaso Teresa está enferma, que no se atreve a moverse? ¡Y cómo se viste; diríase que no usa ya corsé!...

Respondí con aire tranquilo, que aleja toda idea de mal entendido:

—Teresa está muy fatigada, pero no está enferma; no hay inquietud alguna sobre su estado.

—Podría, sin embargo, vestirse de otra manera.

—No, hija mía; es precisamente su estado el que la obliga a vestirse como lo hace.

—Y bien: ¡he ahí un estado poco agradable! Es ridícula, absolutamente ridícula.

Cuando Francisca se alejó, Genoveva permaneció un momento silenciosa, pensando evidentemente en la reflexión de su hermana y dijo:

—Me pregunto por qué se engaña a los niños haciéndoles creer que el bebé nace en un repollo, en una rosa, o aún en un zapallo, como está persuadido ese gran tonto de Toto Minouplet; o bien que una cigüeña lo trasporta en el pico o aún que el ángel guardián lo deposita en su cuna cuando todos duermen. Existen aquí gentes que sostienen que la partera lo trae en una canastilla; y el viejo herrero decía el otro día a su hijita, que se compran en la feria como lechoncitos.

—¿Tú, naturalmente, no crees nada de todo eso?

Genoveva miróme con sonrisa un tanto desdeñosa.

—¡Vamos, mamá! He visto a nuestro alrededor mujeres que esperan ñenes: parientes, amigas, simples relaciones, sin contar las obreras de la fábrica que vienen aquí en busca de canastillas de ropa para aquéllos.

—Es imposible, en efecto, que una niña despierta como eres, no se dé cuenta desde temprano que la vida del niño está íntimamente ligada a la de la madre, que en ella toma su sér y se desarrolla. De ello se hace alusión a cada instante en la Biblia y en el Evangelio y la conversación corriente está llena de

indicaciones precisas sobre este punto. Las mujeres vulgares dicen que un bebé atacado de enteritis “ha tomado la *inflamación* de su madre”, lo que no podría suceder si hubiera nacido en un repollo.

—Seguramente, —replicó Genoveva con aire comprensivo.—Pero hay una cosa que desearía saber, y es la manera cómo los niños regordetes se forman en el cuerpo de la madre y el lugar exacto que ocupan.

—Es una curiosidad muy natural y no veo inconveniente alguno en instruirte al respecto.

Mientras que los niños son demasiado jóvenes para comprender el gran misterio de la maternidad, no hay más que dejarlos creer en el repollo, en la cigüeña, en el ángel guardián o en cualquier otro cuento de la comarca. Pero que se deje en el error o la ignorancia a muchachas grandes, capaces de observar lo que pasa a su alrededor, no puedo aprobarlo. Es por esta razón que voy a hablarte como a persona razonable, pues has cumplido tus quince años y medio.

He abierto el libro de medicina en otra página que la primera vez y he mostrado a mi hija un huevo con un polluelo enteramente formado y un útero con el niño próximo a nacer.

—¿Recuerdas lo que ya te he explicado?

—Sí, mamá; reconozco muy bien los órganos que me has hecho ver, aunque están representados de manera distinta.

—Bien, pues. He aquí el útero; es allí que el niño pasa nueve meses antes de venir al mundo.

—Como el polluelo en el huevo.

—Exactamente. La diferencia es que en el momento en que el huevo está puesto, el pollito no existe sino en estado de vesícula germinativa. Le es menester, para tomar vida y desarrollarse, el calor que su madre le procura, permaneciendo en el nido durante veintiún días; mientras que para el niño,

el período de incubación se pasa en el cuerpo de la madre. Lo mismo sucede con los pequeñuelos de ciertos animales y principalmente de todos los mamíferos.

Los primeros, los que se reproducen por huevos, son ovíparos; los segundos, aquéllos cuyos pequeñuelos vienen al mundo vivos, son vivíparos. Esto también lo has aprendido en tu zoología; Ana y Miguel lo saben tan bien como tú.

—Sí, mamá,—dijo Genoveva, como invitación a que prosiguiera.

—Un día cualquiera, bajo determinada influencia, uno de los óvulos que se desprenden periódicamente del ovario se fija a la pared del útero, en vez de desaparecer. Se transforma, se desarrolla, y se convierte en el pequeño sér que se espera con tan dulce ansiedad.

—Es menester que el útero sea muy grande para contener un niño próximo a nacer, pues hay algunos que tienen buen peso.

—No, es muy pequeño, pero su tejido es eminentemente dilatado.

Genoveva continuaba mirando la lámina que tenía ante su vista como si se tratara de una lección que debiera aprender y retener. Al fin, díjome:

—Veo indicado aquí *placenta*; ¿qué significa?

—Es un órgano temporario que sirve de unión entre la madre y el niño. Mira: por un lado adhiere al útero; por el otro, por intermedio del cordón umbilical, a la pequeña criatura en formación. Hasta que el niño sea apto para vivir por sí solo, vive a expensas de su madre y es por la placenta que las dos existencias se comunican.

—¡Ah!—dijo Genoveva con aire de persona ante quien se abren nuevos horizontes,—y una vez que el bebé llega al mundo, se comprime el cordón con hilo fuerte de cocina bien encerado; después se cor-

ta, el pequeño pedazo se disecca y cae por sí mismo al cabo de algunos días.

—¿Dónde has aprendido eso?—díjele estupefacta ante esa ciencia, de la que no tenía la menor sospecha.

—Es la partera que se lo ha explicado a Blanca Feret, enseñándole a fajar a su hermanita, un día que me hallaba presente y se lo ha hecho repetir a ella para estar segura que la había comprendido bien.

Este pequeño incidente me confirmó en una triple opinión: en primer lugar, nuestras hijas, aún las mejor vigiladas, aprenden, sin saberlo nosotros, muchas cosas que no creemos; en seguida, que debemos ejercer un contralor severo sobre esa ciencia adquirida a escondidas, a fin de mantener o de traer al recto camino, las ideas de nuestras queridas ignorantes; en fin, que el mejor medio de investigación, es siempre la confianza que sabemos inspirarles. Pero callé mis reflexiones y simplemente dije:

—Tiene razón la partera; es, en efecto, de ese modo que hay que proceder.

—¡Oh, mamá!—exclamó Genoveva con fervor,—encuentro a Blanca Feret muy feliz de tener un niño rollizo que cuidar, ella sola, mientras que su madre trabaja en la fábrica. Tiene como yo quince años y medio. Si quieres iré algunas veces a ayudarla. ¡Me gusta tanto ocuparme de los pequeñuelos, fajarlos, bañarlos, darles de comer! Nada hay que me guste tanto como eso.

—Estoy encantada, Genoveva mía; es un indicio de tu gusto y de tus aptitudes para el papel de madre, el verdadero de todas las mujeres y que les procura mayor dicha.

Pero debo decirte también que los goces de la maternidad originan obligaciones y cargas. Desde el momento que tiene la certidumbre de que va a dar a luz un niño, la mujer no se pertenece ya. Para

ella no deben existir ni coqueterías, ni fiestas mundanas, ni nada que ocasione fatigas o molestias, nada que pueda perjudicar al nuevo sér cuya vida depende enteramente de la suya.

No vayas a creer, sin embargo, que esto acarrea muchos sacrificios. No es cuestión, en manera alguna, de encerrarse entre cuatro paredes o pasar la vida en bata. Tu prima, con veinte años, es la misma razón en persona. ¿Tiene acaso aire de ser desgraciada?

—¡Oh, no!—dijo Genoveva con sonrisa de simpatía,—está, por el contrario, radiante de alegría.

—Ve bien: aunque Francisca piense lo contrario, está perfectamente vestida. Sus vestidos, aunque vagos de forma y discretos de tono, no son por esto menos elegantes. Sus cuellos con ligero bordado, son cien veces más lindos que la gargantilla de piedras que congestiona el cerebro y perturba la circulación. Está a sus anchas y es deliciosa.

—Cierto es que está encantadora; todos lo repiten. No se parece a lo que era antes; está cien veces mejor.

—No es esto todo. La cuestión toilet no es la única. Durante su permanencia en París, Teresa no ha ido una sola vez a una *soirée*, al concierto ni al teatro, porque nuestro tío Pablo le ha dicho: “Desconfía de las reuniones numerosas en un recinto cerrado, en el que fácilmente el aire se altera. Piensa bien que debes respirar por dos y lo que sería indiferente para tí, sería peligroso para tu hijo”. Y en contra del teatro hay aún esto: que las futuras madres deben, en lo posible, evitar las emociones. No digo huirlas, si implican un deber, pero no buscarlas ni complacerse en ellas.

Las mujeres jóvenes no están instruídas bastante sobre sus graves responsabilidades. Has oído a esa atolondrada Susana, que está en la misma situación que Teresa, pero que está bien lejos de ser ra-

zonable, contestar a tu tía que le reprochaba no sacrificar nada a sus hábitos mundanos: “Por qué privarme de distracción, puesto que no estoy fatigada... puesto que nada siento?” Sea, pero el niño puede sufrir.

Aquellas que, por no perder un minuto de placer, o para conservar su elegancia en los límites de lo posible, se exponen a dar a luz una criatura en estado de inferioridad, son muy culpables.

Los ligeros sacrificios que ocasiona la maternidad, valientemente aceptados, son compensados y con creces por la intensa alegría de dar nacimiento a un bello niño, robusto y sano.

III

Mutualidad maternal.—Protección de los bebés

Al enumerar a Genoveva los peligros de la vida mundana durante la preñez, pensaba en las pobres mujeres que nunca descansan; pero éstas no por placer, pues necesitan ganarse el pan cotidiano.

Y la misma cruel necesidad que las obliga a trabajar hasta el último día, hasta la última hora de su preñez, las devuelve de nuevo a las fábricas, mucho antes de que se hayan repuesto de sus partos. De aquí provienen crueles enfermedades que las afligen, cuando no las matan.

Sin contar que los pequeñuelos, nacidos enclenques por el extremado cansancio de sus madres y privados en las primeras semanas de los indispensables cuidados, mueren en crecido número.

Mi prima, Juana Le Preux, me ha reprochado a menudo el no conocer suficientemente las obras sociales concernientes a la maternidad pobre, que podrían aplicarse entre nosotros.

—Estás llena de buena voluntad,—repíteme sin cesar,—haces todo lo que puedes; pero con los mismos recursos podrías más, si estuvieras mejor in-

formada. Tu beneficencia se ejerce al azar y no siempre son las merecedoras las que la aprovechan. ¿Por qué limitarse a la limosna, que debiera ser excepcional, cuando puedes establecer la previsión y la mutualidad? La tarea te sería tanto más fácil, cuanto que trabajarías sobre tu propio terreno.

No olvides que nuestro bienestar, nuestro lujo de todas, está hecho, en parte, del trabajo de nuestras obreras, de sus fatigas, de sus sufrimientos. Estás al frente de una bella y numerosa familia que te envidian; debes pagar esa dicha acordando tu protección a las madres pobres que te rodean y a sus hijos: escolares y criaturas de pecho.

Nada hay mejor que enseñar las verdades para que penetren en el espíritu. Instruyendo a mi hija, he comprendido hasta qué punto Juana tenía razón.

A pedido mío, ha venido a estudiar en el lugar mismo la situación económica de nuestras obreras y sentar las bases de una *Mutualidad maternal*.

Cada una, al comienzo de su preñez o aún al casarse, paga una cuota, cuyo grado de importancia da derecho a un reposo de seis semanas a tres meses, antes y después de su parto y continúa percibiendo parte de su salario.

En una conversación en la que todas podían presentar sus argumentos y solicitar explicaciones, Juana les ha demostrado las múltiples ventajas de esta combinación: para ellas mismas, un reposo oportuno que las pone al abrigo de futuras enfermedades; para el bebé, el nacimiento en mejores condiciones y cuidados asiduos durante las primeras semanas de su vida; para los otros chicuelos, la vigilancia al salir de la escuela, es decir, la supresión de la vagancia, en provecho de la buena conducta y de la salud; para toda la gente de la casa, el bienestar y la economía que resultan de la presencia de mujeres en el hogar.

Han comprendido y se han hecho inscribir en gran número.

A fin de establecer los estatutos y de disponer el fondo social, mi marido ha hecho llamar al cajero y a los jefes de servicio, quienes entre nosotros gozan de cierta influencia y ha declarado que ofrecía veinte mil francos para la Mutualidad. Mis economías de casera me han permitido agregar diez mil. Entonces Genoveva, que estaba presente, ha solicitado de su padre un préstamo de cien francos, que se comprometía a devolver a la noche.

Mi marido ha hecho inmediatamente el adelanto que se le pedía y añadió:

—Cien francos, está bien: las niñas no poseen generalmente capitales importantes, pero debo hacerte una comunicación, que quizá va a modificar tus disposiciones. Para tu próximo cumpleaños, tenía la intención de ofrecerte un collar de perlas de cinco mil francos, más o menos.

Pues bien, ahora se presentan dos situaciones: por una parte, la señorita Genoveva Handriel con un lindo collar, pero mujeres agotadas de fatiga, dando a luz chicos enclenques, quienes, toda la vida, llevarán el peso de los malos cuidados que habrán recibido durante sus primeras semanas; por otra, la misma Genoveva sin collar o con un collar de coral, pero mujeres tranquilas y descansadas, bebés rosados, robustos y alegres. El sacrificio del collar no entraría sólo para alcanzar un bello resultado, pero ciertamente en algo contribuiría.

La chica permaneció un momento sin comprender; en seguida, de repente, avergonzada de que se hubiera podido creer en una vacilación de su parte, dijo apresuradamente:

—¡Oh! esperaré para mi collar de perlas y aún me pasaré sin él. Entregad, papá, los cinco mil francos a la Mutualidad.

—Muy bien, hija mía,—dijo el padre, como si se tratara de una cosa muy natural.—Bauchet, inscribid a la señorita Handriel con cinco mil francos y añadid, entre paréntesis: precio de un collar a que ha renunciado.

—No,—protestó Genoveva,—no debe jactarse uno del bien que hace.

—Hija mía,—replicó mi marido,—si deseo que estés bien informada sobre la parte que el trabajo de nuestras obreras trae a la prosperidad de nuestra casa, quiero también que conozcan los pequeños sacrificios que os imponéis para su bienestar. Entre gente buena el reconocimiento no es un fardo, es una satisfacción.

Nuestros empleados meneaban la cabeza con una sonrisa de aprobación y el viejo Pradier, que ha visto nacer a mi marido, murmuraba:

—Ciertamente que la señorita Genoveva ha tenido buenos ejemplos; pero, por cierto, los ha aprovechado bien.

En cuanto a mí, estaba encantada del modo cómo pasaban las cosas.

Viendo de qué cuidados, de qué atenciones se rodea la maternidad entre nuestras obreras, mis hijas se darán cuenta de que ella constituye una función sagrada sobre todas y aprenderán a respetarla como conviene.

IV

Coquetería perjudicial

Hace ya tres meses que Teresa ha dado a luz una preciosa niñita. Todo ha pasado muy bien; parto normal, excelente puerperio, restablecimiento rápido y completo. La joven madre está fresca, muy sana, feliz a punto de inspirar envidia. Como es una excelente nodriza, el bebé se desarrolla a las mil maravillas.

Genoveva está perdidamente enamorada del nene. Lo tiene siempre en brazos y lo cuida con suma destreza. Me felicito de verla afirmar su amor por los niños y hacer así un principio de aprendizaje para las funciones tan dulces de la maternidad.

Al mismo tiempo que Teresa, la mujer de uno de nuestros contra maestres ha dado a luz un pobre varoncito miserable, enclenque y débil, a punto que con dificultad se le hace tomar el biberón. La madre está muy lejos de haberse restablecido y uno se pregunta si jamás se recobrará.

Genoveva me acompaña a menudo cuando voy a verla. Se interesa por el bebé, pero en vez de reír y charlar como lo hace con su pequeña prima, lo contempla dolorosamente asombrada. Esta miseria del pequeñuelo, que contempla por primera vez, le produce desconsuelo.

—¡Qué diferencia con nuestra pequeña y gruesa Marta!—me dice bien pronto.—Este pobre bebé inspira compasión. Tiene un quejido continuo que revela sufrimiento y es tan liviano, que apenas se le siente cuando se le carga en brazos. ¿Vivirá?

—¡Me temo que no! ¡Si todavía fuera criado al pecho!...

—¿Por qué su madre no lo cría como lo hace Teresa?

—Porque no tiene la leche; está muy enferma. Probablemente tendrá que enviarlo a una nodriza y entonces será un gran pesar para ella. Piensa que si lo dejan llevar no volverá más.

—¡Pobre Lucía! No tiene suerte.

—No, ciertamente, no tiene suerte. Pero quizá ha merecido no tenerla.

—¿Qué ha hecho, pues?

—¿Lo que ha hecho?... Lo que muchas hacen, sin pensar que se preparan una vida miserable, dolorosa, llena de penas y de remordimientos.

—¿Y qué, pues?—interrumpió Genoveva con apuro lleno de ansiedad.

—Escucha bien, hija mía, pues es una gran lección la que voy a darte.

Bien sabes que el niño es el bien más querido de nuestra existencia; que para él los padres trabajan, se privan, sacrifican sus placeres, sus gustos, su reposo y que este perpetuo sacrificio lo cumplen con dicha.

Y bien: para este pequeño ser, la esperanza, el tierno orgullo de la familia y de la raza, la naturaleza misma se muestra llena de previsión. Largo tiempo de antemano, prepara los órganos que deben darle vida y alcanzar su completo desarrollo. Debe respetarse, pues, su trabajo, porque tiene plena sabiduría y no hace nada inútil o en vano.

Ahora bien: mujeres inteligentes y sensatas bajo otros conceptos, toman a pecho trastornar, herir las diferentes piezas de su aparato vital.

—¿De qué manera proceden?—dijo Genoveva, llena de asombro.

—De muchos modos. El corsé, principalmente, es gran factor de perturbación. ¿Recuerdas cómo Lucía estaba radiante con la finura de su talle? “Cuarenta y ocho centímetros”,—repetía a todos. Y para alcanzar ese resultado se comprimía a punto de no poder ni respirar, ni moverse. Tus hermanos la llaman la señorita *Tringle*; el hecho es que era tan recta como varilla de cortinaje.

—Y era esto hasta muy feo.

—Sí. Nada es tan feo como un talle ajustado. Me siento feliz de oírtelo repetir con los grandes artistas, con los médicos, con las personas de buen gusto y de buen sentido.

Pero la fealdad cuenta muy poco, en comparación con los estragos determinados en la economía. Los órganos principales, rechazados, comprimidos, amontonados unos sobre otros, no funcionarán más co-

rrectamente, originando serios desórdenes: ahogos, palpitaciones, falta de apetito, enflaquecimiento alarmante, tinte ceroso, nariz encendida. ¿No es este un bello resultado?

—A veces se dice que es necesario sufrir para ser bella; pero sufrir para volverse fea, es realmente un colmo.

—Espera; no hemos terminado aún con Lucía. No limitaba su coquetería al simple talle ajustado, sino que tenía la pretensión de modificar su estatura. Nuestros pies están hechos para asentarse a plomo sobre el suelo, la planta y el talón formando punto de apoyo. Ahora bien: como Lucía es pequeña, ha adoptado el famoso calzado Luis XV, que hace caminar a las gentes sobre los dedos, a ejemplo de los digitígrados. Encontrándose desviado el eje natural del cuerpo, resultan perturbaciones serias en todo el organismo, de tal suerte que el aparato tan delicado de la maternidad, no ha podido desarrollarse normalmente. El día en que para desgracia suya, a un pobre pequeño sér se le ha ocurrido tomar vida, ha crecido como ha podido, es decir, mal, y es hoy el miserable que tanta piedad te inspira. Dime si una mujer no es muy culpable al sacrificar a su coquetería, futuras existencias humanas.

—¡Ciertamente!

—Por otra parte, el castigo es severo: atroces sufrimientos, salud comprometida, si no irremisiblemente perdida; pesar de no tener un hijo como los demás, remordimiento al pensar que ella es la causa de esta miseria que hiere a un inocente... Si se infligiera a un criminal de derecho común un suplicio semejante, las gentes lo clasificarían de barbarie y tendrían razón. ¿Es acaso necesario que las mujeres se condenen ellas mismas para ganar algu-

nos centímetros de altura y perder otros de tamaño? (1).

—Es bien cierto todo eso... ¡Cómo explicas bien las cosas, mamá; se las comprende de inmediato, se las *ve*!

—¿Y sabes cuáles son, en mi sentir, las grandes culpables? Son las mujeres que no instruyen seriamente a sus hijas sobre los deberes, las obligaciones, las responsabilidades que les impone su papel futuro de madres; que no ejercen su autoridad materna y la experiencia adquirida para obligarlas a un género de vida normal. Acentúo la palabra *normal*, pues, en efecto, nada hay de heroico en este plan de sabiduría. Es, simplemente, la aplicación diaria de las reglas de la higiene y del buen sentido.

En cuanto a mí, el corpiño un poco anticuado, el sólo permitido por mi abuela, me ha puesto al abrigo de estos inconvenientes. En cuanto a tí, Genoveva mía, respondo que los corsés que llevarás mientras permanezcas bajo mi tutela, en nada perjudicarán a tu desarrollo físico.

V

El parto

La pobre Lucía no continúa mejor; bien lejos de ello. Mi cuñado, que la ha visto varias veces, ha traído el otro día a un colega muy experto en ginecología. El estado de la enferma les ha parecido muy grave y temen que sea menester recurrir a una operación.

(1) En la Academia de Medicina de París, el gran cirujano Quénu ha lanzado un anatema contra los tacones elevados, demostrando por medio de la radiografía y la cinematografía, los trastornos que sobre la salud femenina determinan. (Nota del traductor).

Mucho se preocupan de Lucía en la casa y los oídos atentos de Genoveva recogen bastantes comentarios patológicos.

—Mamá, — me ha preguntado luego a quemarropa — ¿en qué consisten los fierros?

Al principio no respondí.

—¿Los fierros? ¿A qué te refieres?

—Es la madre de Lucía la que dijo días pasados a la jardinera, que son los fierros los que han estropeado a su hija y lastimado al bebé en el momento de su nacimiento.

Por grande que sea a veces el asombro que me causan las preguntas de los chicos, tengo por principio no aparentarlo jamás.

—No, — respondí tranquilamente, — no son los fierros los que han estropeado a Lucía. Por otra parte, no podía evitarse su uso... Pero antes de explicarte lo que pides, dime: ¿cómo te imaginas que los niños vienen al mundo?

Genoveva se mostró asombrada al plantearle una pregunta tan sencilla.

—Pero, mamá, creo que el cirujano o la partera abren el vientre de la madre para extraer el chico y que en seguida se practica una costura, como cuando María Ambroni tuvo apendicitis.

A la edad de Genoveva, yo no me había formado ninguna opinión al respecto. En mi viejo convento de provincia, no se tenía nunca ocasión de hablar de medicina. Pero Genoveva vive en un medio y en una época en que domina la cirugía y es natural que haya pensado en la intervención del bisturí.

—No, hija mía, los hechos no pasan así. El nacimiento es una cosa natural, que debe o más bien, que debiera pasarse sin la ayuda quirúrgica. Lo comprenderás después de mi explicación.

Recuerda lo que hemos dicho de los óvulos que, periódicamente, se desprenden del ovario y atraviesan el útero para salir al exterior. Pues bien: no

hay motivo para que el pequeño niño, que es un óvulo transformado, no siga igual camino.

Genoveva aparentaba estar contrariada, chocada aún. Evidentemente, la operación le parecía mejor, a despecho de su aparente crueldad.

En seguida añadió:

—Pero, mamá, hay mucha diferencia entre el óvulo y el bebé que vienen al mundo. He visto a Marta dos días después del nacimiento; no había tenido tiempo de crecer mucho y entonces...

—Mi hijita: te he dicho que nuestros tejidos son eminentemente dilatables, a punto de que el útero, que es de la dimensión de un huevo, llega a contener un niño de tres, de cuatro kilos y a veces más. Solamente que mientras el desarrollo completo del útero emplea meses en efectuarse, la dilatación a su paso debe hacerse rápidamente. De allí los grandes dolores del alumbramiento, dolores que no tienen análogos y que bien pronto se olvidan, para tener los tesoros queridos que sois.

Genoveva me abrazó con efusión.

—¡Pobre mamá! Por siete veces has sufrido de ese modo para darnos a luz. ¡Y no siempre somos juiciosos! ¡Y te causamos preocupaciones, penas!...

—No, querida mía, nada de penas; sois excelentes niños que pecáis solamente de aturcidos y vuestros defectos pasarán cuando llegue la razón. En cuanto a las preocupaciones, amada mía, es la suerte de las madres; lo verás demasiado pronto por tí misma.

Genoveva permaneció por un momento silenciosa e hizo esta observación:

—Escucha, mamá: dices que la naturaleza hace bien lo que hace y quiero creerlo; pero ¿no podría ahorrar un poco de sufrimiento a las madres, acordando un camino más fácil a los niños que vienen al mundo?

—No, hija mía; nuestros órganos constituyen rodajes muy delicados que deben ser seriamente protegidos; es por esto que la naturaleza los ampara

con tanto cuidado. Te lo repito: no se engaña jamás; si permaneciéramos fieles a sus indicaciones, no nos sucedería mal alguno.

Para referirnos a Lucía, lo que le ha estropeado no es el forceps, los "fierros", como se dice vulgarmente, sino la mala higiene, que deformando y atrofiando en ella el aparato de la maternidad, ha hecho necesaria la intervención del cirujano.

Esta última reflexión trajo a Genoveva al objeto de su pregunta:

—¡Ah! sí, los fierros... ¿en qué consisten realmente?

—Forceps, es una palabra latina que significa tenazas. Es un instrumento compuesto de dos ramas, terminadas por especies de cucharas. Se emplea para ir a buscar al niño que, por una u otra causa — y la causa siempre es mala — no puede franquear el paso que debe llevarle al exterior.

—¡Pero es horrible! — exclamó Genoveva espantada. — ¡Tenazas!... ¡Debe sufrirse atrocemente!

—Es posible, querida mía, pero no he hecho la experiencia ¡a Dios gracias!; habéis venido al mundo los siete perfectamente, sin ayuda alguna. Es cierto también que yo no tenía cuarenta y ocho centímetros de talle.

VI

La generación

Avanzamos en el camino de la ciencia y me asombro de ver con qué facilidad. Las explicaciones que me parecían por demás espinosas, han sido aceptadas por Genoveva con perfecta calma. Es extraordinario hasta qué punto una enseñanza que descansa sobre bases científicas y morales, dada en oportunidad, y juiciosamente acordada, puede ilustrar el espíritu de las jóvenes, sin perturbarlo.

Genoveva tiene diez y seis años y medio; tiene plena confianza en mí y me trasmite todas sus refle-

xiones, todos sus descubrimientos. Explico paulatinamente, teniendo siempre prudente reserva, pero sin alterar jamás la verdad.

Hemos llegado a un punto extremadamente delicado: Genoveva se informa de la participación que corresponde al padre en la obra de la generación.

El papel de la madre, lo conoce y lo comprende, pero el del padre no puede llegar a definirlo.

Sin duda trabaja para sus hijos, dirige la educación, se preocupa de su porvenir; es, en una palabra, su guía y su jefe. Pero esto no es todo. Pues en estas condiciones, el niño tendría de la madre mucho más que del padre; hasta tendría casi exclusivamente de la madre y Genoveva sabe bien que pertenece igualmente a los dos.

Y aun más: el niño a menudo se parece al padre por su fisonomía, por su talla, por su inteligencia. Todo ello constituye la herencia. ¿Pero cómo se produce la herencia?

He aquí lo que bajo forma menos precisa y menos clara, pero perfectamente comprensible, Genoveva me ha dicho ayer en el curso de una conversación que tuvimos.

Respondile:

—Es cuestión muy grave, hija mía. Importa conocerla, pero sobre todo conocerla *bien* para no estar influenciada por interpretaciones inexactas, torpes o aun peligrosas que a menudo se hacen. A fin de que me comprendas mejor, voy a partir del punto que conoces, para llegar al punto que ignoras.

La naturaleza exige imperiosamente la continuación de las especies creadas y organiza a todos los seres de tal modo que puedan alcanzar este fin.

Comencemos por el reino vegetal. Las partes esenciales de la flor son, bien lo sabes, el cáliz, la corola, los estambres y el pistilo. El estambre se compone de un filamento llamado hebra y de una especie de maza, llamada antera: es el órgano macho

de la flor. El pistilo está formado de un ovario conteniendo óvulos en mayor o menor número, de una columna, llamada estilo, y de una dilatación, llamada estigma: es el elemento hembra. En la extremidad del pedúnculo se encuentra una parte dilatada: es el receptáculo en donde se opera el fenómeno de la generación.

Cuando la flor está bien abierta, las anteras, que hasta entonces estaban cerradas, se abren para dejar escapar el polen que encierran. Cierta cantidad de este polen viene a depositarse sobre los estigmas, que lo retienen merced a una capa viscosa que los cubre. El polen se desliza en seguida en el interior del pistilo, hasta los óvulos que fecunda.

Entonces, cumplida la obra de la reproducción, la flor se marchita, la corola cae pétalo por pétalo, el cáliz y los estambres se atrofian y desaparecen: sólo el pistilo subsiste. Pero crece y se transforma, se vuelve espiga, cápsula, vaina, fruto. A su vez, estas diferentes cubiertas se desecan, dando paso a la semilla, de la que saldrá el nuevo ser que debe reemplazar a sus generadores.

Si los estambres y el pistilo se encuentran sobre una misma flor, la operación se efectúa sin dificultad. Pero existen especies, llamadas monóicas, cuyas flores separadas poseen la una el pistilo, la otra los estambres: es menester, en este caso, que el céfiro se encargue de transportar el polvo fecundante. En las plantas dióicas, las flores a pistilo y las flores a estambres están sobre tallos diferentes y a veces muy alejados unos de otros; el viaje es entonces más expuesto y más largo. ¡No importa! La brisa en primer lugar, o en su defecto, las moscas, las mariposas, las abejas, hasta los pajarillos sirven de intermediarios. Te lo he dicho y te repito, porque eso es fundamental en la explicación que te doy: la naturaleza quiere a todo costo la continuación de las especies y emplea para alcanzar sus fines todos los medios de que dispone.

Pasemos ahora a los habitantes del agua. Habrás notado bien que los pescados que comes, los unos están provistos de una masa de huevos y los otros de lecha, que es la materia fecundante de los pescados, como el polen es la de las flores. Las hembras ponen enorme cantidad de huevos, que abandonan a la corriente del agua. Los machos pasan en seguida y depositan sobre dichos huevos la lecha, indispensable a la producción de nuevos seres.

En los volátiles, el huevo es también fecundado antes de la postura, pero para que el embrión tome vida y se desarrolle, le es menester un calor igual y siempre superior a la temperatura ambiente; es por esta razón que los pájaros construyen nidos bien abrigados, bien mullidos, en los que la hembra permanece durante largos días sin impacientarse, con la esperanza de los pajarillos que nacerán.

Para los mamíferos, no solamente el óvulo está fecundado en el cuerpo de la madre, sino que el pequeño permanece en él hasta su completa formación. Y cuando nace lo nutre con su leche hasta que esté apto para buscarse por sí mismo el alimento. Es esta prolongación de la maternidad que hace amarlo tanto, tan tiernamente y tan largo tiempo. Los pescados cuya paternidad es toda fortuita, no se preocupan de su progenitura.

En cuanto a las madres de la especie humana que dan a sus hijos la vida intelectual y moral al mismo tiempo que la vida física, los aman tanto y de tal manera... que cuesta explicarlo.

— ¡Madre querida...! — dijo Genoveva con emoción llena de ternura; — mal se hace al no decir esto a los niños que están en edad de comprenderlo; serían más afectuosos y más reconocidos. Pero no lo saben... se imaginan que los padres existen por casualidad y únicamente para mandar, para refunfuñar o para castigar...

—O bien para mimarlos, lo que es peor aún. Cier-
to es que los niños son ingratos sin tener concien-
cia de ello.

Genoveva permaneció un momento pensativa, des-
contenta de las explicaciones que le había dado. Al
fin respondió:

—Si me has comprendido bien, hija mía, fácil es
la deducción; recapacitemos:

El óvulo vegetal o animal encierra el nuevo ser
en embrión, pero es necesario, para animarlo, el
germen, la chispa de vida que sólo posee el órgano
macho. El óvulo no fecundado permanecería siem-
pre inerte.

Si se cortasen las anteras que encierran el polen
de la flor, se marchitaría toda entera sin producir
ni grano ni fruto.

Que el pescado macho no pase a proximidad de
los huevos puestos por las hembras y el racimo
respectivo se secará, no dando nacimiento a ningún
pececillo.

En tu jaula tienes buen cuidado de poner machos
y hembras, sin lo cual jilgueros y pinzones no da-
rían pequeñuelos. Las gallinas se pasan bien de
gallos para poner huevos, pero no pueden pasarse
de ellos para tener polluelos.

La vieja Auvray conduce su cabra al cabrón para
tener cabritos; las paisanas traen sus vacas al toro
de nuestra chacra para tener terneros y terneras.
En los prados de tu primo Bernard, es menester pa-
drillos para que las yeguas tengan potrillos.

No ves familia sin que tenga padre, a menos que
haya muerto.

—Sí, — dijo Genoveva con resolución obstinada,
en la que se adivinaba un poco de impaciencia, —
el óvulo no puede producir un nuevo ser sin estar
fecundado; pero, en la especie humana, ¿cómo se
opera la fecundación?

Hice una pausa, molestada por la clara mirada de
mi hija, mirada de niña inocente que mi deber era

instruir, es decir, en el caso presente, no perturbar.

—Veamos — dije, — en fin, procedamos por analogía; la acción del polen...

—Sí.

—La lecha de los pescados...

—Sí.

—En cuanto a los pájaros, tú que te ocupas con dedicación de las aves de corral, no has dejado de observar los gallos y las gallinas...

Los gallos y las gallinas... Estas dos palabras recuerdan a Genoveva un espectáculo familiar; la ilustran de pronto.

—¡Ah sí...! — dijo ella. — Bien sospechaba que fuera para eso. Antes, creía que era por maldad.

—Así, pues, hija mía, para todos los seres organizados, desde la planta hasta el hombre, las cosas pasan del mismo modo.

Genoveva se encontraba en el camino de la ciencia. Merced a los nuevos conocimientos añadidos a los antiguos y a la observación cotidiana, su instrucción debía completarse por sí misma.

Y, además, tiene hermanos más jóvenes que ella; siempre se ha interesado en las maniobras de la toilet y del vestir a los bebés. Jamás he hecho misterio a mis hijos de la diferencia de sexos; en ninguna época de su vida han ignorado que los varones y las niñas no son iguales. No poseen ninguna malicia. "Es como eso, es como eso, he ahí todo". Mi tarea respecto de Genoveva se encontraba un tanto simplificada.

Embarazada, a consecuencia de las explicaciones y comentarios probables que surgirían de ellas, pre-
texté una orden a dar y dejé a la chica entregada a sus reflexiones.

Cuando volví a su lado, la encontré con la fisonomía alargada, contrariada.

—¿Y bien, Genoveva?

—Y bien, mamá. Me ves muy contrariada. Me

esperaba alguna cosa de más...! de menos... Sabes que no es muy noble...

—Este sentimiento en tí no me extraña, es común a muchas mujeres y hace honor a las que lo experimentan. Tienen tal necesidad de pureza que en muchas circunstancias lamentan no ser simples espíritus. ¡Qué quieres! Es menester tomar las cosas como son. No puede darse nacimiento al ser sin que el cuerpo participe.

Pero la naturaleza es gran zalamera. Como a todo precio quiere la perpetuación de las razas, tanto que para ella la generación constituye acto esencial, la rodea de un prestigio que vela todo lo que ese acto importa de vulgar. Es por eso que hace las flores tan bellas y tan dulce el cantar de los pájaros. Es por eso que en ciertas épocas, por ella elegidas, los animales están mejor ataviados, más alertas, más alegres. Cumplen, sin comprenderlo, la ley suavemente imperiosa que rige a los seres. Al género humano, que razona, le ha dado el amor.

El amor, mi amada Genoveva, es todo lo que existe de más magnífico, de más conmovedor, de más sagrado. Es el atractivo mutuo del hombre y la mujer, la necesidad de vivir el uno cerca del otro, siempre y malgrado todo: él para protegerla contra los azares desgraciados de la vida, ella, para estimularlo en la lucha y consolarlo en la derrota. Es, según la Escritura, "estar dos en una misma carne".

—Como papá y tú, como Bernardo y Teresa, — dice la chica con una emoción que tornábala encantadora.

—Sí, — respondí, emocionada al verle comparar nuestro amor ya antiguo, pero siempre vivaz, al amor joven de sus primos. — Y bien, todo eso se encuentra condensado, confundido, en el deseo de tener hijos.

¡Tener hijos! ¡Dar la vida! Es la obra capital de la existencia, la que nos acerca más al creador. Y

es quizás para que no cobremos demasiado orgullo que se mezcla alguna villanía. Debes saber, por tanto, que el cumplimiento de esa tarea deseada por Dios, se acompaña de una exaltación de todo el ser, ante la cual el resto se borra y desaparece.

Nuestros padres, cuyo espíritu era juicioso y sencillo, denominaban *sagrados* los órganos de la generación; en nuestra época de hipocresía y falso pudor los calificamos de vergonzosos. ¡Vergonzosos los órganos en que se elabora la joven vida que encierra todo un misterio de talento, de ciencia, de virtud, de gloria! ¡Vergonzosos los órganos que crean ese pequeño ser, que quizás será un gran artista, un gran sabio, quizás un héroe, quizá un santo! Eran nuestros abuelos los que, con su buen sentido robusto y leal, tenían razón.

VII

La herencia

A fin de que el espíritu de Genoveva no permaneciera fijo sobre un punto tan delicado como el que acabábamos de tratar, encaré la cuestión bajo otro aspecto y añadí:

—Tú misma has dicho que el niño hereda algo del carácter, la inteligencia, la salud de sus padres, y estás en lo cierto. Pero ¿concibes tú desde luego la abrumadora responsabilidad asumida al dar la vida a los niños? ¿Concibes tú a qué punto uno se hace culpable despilfarrando la juventud y las fuerzas y al no evitar todo lo que es capaz de alterar la célula que forma al nuevo ser?

Para las mujeres, es el abuso de los placeres, las noches pasadas en bailes, en fiestas, en reuniones de todo género, en salas en que falta el aire y en que mutuamente se intoxican. Es la existencia a vapor, en tropel, en tormenta, existencia más fatigosa que el trabajo y de una fatiga más malsana. Es la ali-

mentación basada sobre el capricho y la moda, más que sobre el buen sentido: manjares complicados y condimentados, *five o'clock* en que se saborean sandwiches extraños, acompañados de vinos espumantes. Es, sobre todo, la coquetaría: el escote, causa de enfriamientos a veces mortales; el corsé, ferozmente ajustado, que deforma y atrofia los órganos esenciales. Todo esto mata más mujeres que la guerra mata soldados; y es una de las causas más ciertas de la degeneración de las razas.

Para el hombre, son los excesos de mesa, la intemperancia. Y no me refiero solamente al bruto — al desgraciado algunas veces — que se embriaga groseramente, sino también al gran señor que hace un consumo habitual de vinos finos, de alcoholes superiores, de licores afamados. Es aún el libertinaje con su séquito de enfermedades y de azotes que trae consigo.

La satisfacción, por otra parte muy mínima, que se saca de ese género de vida, son los hijos los que la pagan con su inteligencia, su salud y su felicidad.

A los que se pretenden dueños de su persona y de su existencia como bien les parezca, se les puede responder: “Tenéis quizá el derecho de disponer de vuestra vida, pero no de la ajená. ¡Si tanto estimáis los placeres de la carne, arreglad vosotros mismos vuestra cuenta, no la hagáis saldar por inocentes! Renunciad a crearos una familia, a traer al mundo hijos que no vendrán sino para sufrir”.

—Esto es terrible, — dijo Genoveva, toda emocionada.

—En estas condiciones ¿cómo no se pone mientes en la elección de aquél o aquélla cuya vida se desea compartir?

Demasiado a menudo, cuando se trata de matrimonio, se tienen en cuenta la fortuna, la posición, los intereses materiales, mucho más que las cualidades físicas y morales, que permiten tener hijos sanos, robustos e inteligentes.

Sin embargo, el jardinero que desea mejorar sus plantas reserva la semilla de sus más bellas flores. Tu misma has alejado de tu jaula un jilguero malo y feo: “No quiero que sus pequeñuelos le parezcan”, has dicho, con razón.

A fin de tener buena raza de caballos, se buscan los padrillos conocidos por sus cualidades de forma, de ligereza, de resistencia. Tal importancia se le atribuye, que hasta se ha establecido un *herd-book*, libro de genealogía, que sirve de referencia a los criadores.

Y el cuidado dedicado a las plantas y a los animales, ¿sería rehusado a la especie humana?

—¡La vida es complicada! — dijo Genoveva, un poco cansada de haber escuchado tanto y cosas tan graves.

—Somos nosotras que la complicamos a placer por nuestro orgullo, nuestro deseo de gozar, nuestra molicie en frente del deber, y, menester es convenirlo, en muchos casos, por nuestra ignorancia y nuestro absurdo. Tan pronto queremos escuchar el buen sentido y la razón, se vuelve sencilla, fácil y buena.

VIII

Investigación de la paternidad

Genoveva adquiere seguridad, una seguridad llena de tino y discreción, que le sienta admirablemente.

Es secretaria de nuestra Mutualidad y se muestra activa. Es a ella a quien las obreras se dirigen para hacerse inscribir, pagar sus cuotas o también anunciar que van a tener un hijo y arreglar la gratificación a que tienen derecho.

Genoveva se informa de todo con gran placer.

—¿Para cuándo ese bebé?

En seguida dá consejos:

—No es menester fatigaros. No vaciléis en permanecer en vuestra casa desde que el trabajo de la fábrica os parezca demasiado penoso. Vuestra hija mayor tiene doce años y bien puede secundaros en muchas cosas.

En seguida se inquieta por los cuidados de cada una:

—¿Está en buen estado vuestra cuna? ¿Y vuestra canastilla está completa? Sabéis que mis hermanitas se encargan de las medias y de los escarpines, mamá del vestido de bautismo y yo del cobertor de crochet.

Las mujeres se marchan encantadas ante la perspectiva de los regalos y más aún del gracejo de “su señorita”, como la llaman. En cuanto a mí, me felicito de estas relaciones inmediatas y seguidas entre nuestras obreras y Genoveva. Es para ella excelente lección. Sus ideas se ensanchan y se elevan; se torna más paciente, más justa, más fácil de contentar. Esta práctica cotidiana de un deber social, es mejor para su inteligencia y para su corazón que las lecciones más sabias.

Varias veces por semana visita en su casa a las mutualistas. Conoce todos los niños mamones de la villa y ocúpase de ellos con encantador esmero. Las madres le testimonian verdadera consideración y la consultan en circunstancias difíciles. Responde con modestia y en caso de ignorancia, no titubea en decir: “No sé, se lo preguntaré a mamá o a mi tío”.

Nunca hace alarde de sus conocimientos, ni de las funciones que desempeña; pero cuando debe hablar de ellas, es con una sencillez exenta de gazmonería, como una persona para quien estas cuestiones son familiares y no experimenta ninguna confusión al tratarlas.

El otro día estaba en casa de la Souchonne, que acaba de tener su noveno hijo y procedía a la toilette del recién nacido con una destreza que le envidiarían mujeres instruídas. Se encontraba allí, al

mismo tiempo que nosotros, Marcela Régnier, la hija del preceptor, una niña de quince años de edad, no mala, pero extrañamente educada, mitad atrevida y mitad tonta.

En otro tiempo su madre la tenía en la ignorancia más huraña, proclamando ante todos, que la ingenuidad es el más bello adorno de las jóvenes. Pero desde que Genoveva se ocupa de los bebés, ha cambiado de opinión y la encontramos a menudo en nuestras visitas.

Así, pues, Genoveva tenía sobre sus rodillas al pequeñuelo fornido, que movía continuamente sus piernas lanzando agudos gritos. Marcela, que es hija única y no tenía, sin duda, ninguna sospecha sobre los signos de la virilidad, abría sus ojos asombrados ante esta anatomía que ignoraba. Entonces la Souchonne, con la naturalidad de las gentes del pueblo, en las que la gazmoñería no embaraza jamás, díjole:

—¡Sí, pues, señorita Régnier: he aquí como está hecho un varón! Y todo eso crece como lo demás.

Genoveva estalló en gran carcajada, con esa risa franca, clara, espontánea, que indica fuerza de espíritu y de corazón.

El hecho es que cuanto mejor se conocen las cosas de la naturaleza, menos perturbado uno está. La Souchonne ha expresado muy bien esta idea en su lenguaje vulgar.

—Veamos, ¿no es mejor ser como nuestra señorita, que sabe de lo que se trata? ¿Tiene acaso por ello más vicio?

No, eso no le da más vicio y es para ella fuente de lecciones muy provechosas.

Hace algunos días una obrera de la fábrica vino toda vergonzosa a preguntar si las madres solteras podían formar parte de la Mutualidad.

Genoveva, un poco confusa, respondió:

—Pero... no lo sé...; creo que sí...

Por suerte estaba yo presente y se volvió hacia

mí con deferencia para conocer mi opinión:

—...¿mamá...?

Dije de pronto:

—Ciertamente, Julieta. Pero ¿por qué o más bien, para quién solicitas esa información?

—Es para mí... señora, porque dentro de tres meses... Entonces, estaré bien aflijida sino se me viniera en ayuda... Vivo con mi abuela, que es muy pobre y vieja para trabajar.

—¿Quién es el padre de ese niño...? ¿Es acaso uno de nuestros obreros?

Por toda respuesta, Julieta estalló en lágrimas.

—Vamos, hija mía, no digo eso para causaros pena, sino para ver si no hay medio de intervenir a fin de que el joven se case con usted o por lo menos reconozca al hijo.

—¡Ah! no, señora, es un bracero venido el último año para la cosecha.

—¡Ah! muy bien lo decía Julieta; no hay nada que hacer. Vamos, cobrad coraje; sois una buena obrera, muy laboriosa y que hasta ahora os habíais conducido bien y no se os abandonará. Ciertamente que habríais hecho mucho mejor en permanecer tranquila en vez de dar a luz un pequeño ser cuya vida será dura y tendréis mucha pena para criar; pero puesto que ha venido, no se le dejará morir de hambre.

Después de la partida de Julieta, mi hija, que durante la visita había permanecido silenciosa, comprendiendo que se trataba de cosas en que no debía mezclarse oficialmente, díjome con aire preocupado:

—Bien sabía que ciertas mujeres tenían hijos sin ser casadas, pero jamás había reflexionado bien sobre el asunto. Comprendo que se ame a los bebés con locura y que se haga todo lo posible por tenerlos, pero también es menester preguntarse si se tendrá los medios de alimentarlos.

—Existen gentes que no piensan en el presente, sino en su satisfacción personal. Un joven encuen-

tra a una niña que le agrada y a quien no desagrada y he ahí que viven juntos, sin inquietarse del porvenir. La pobre criatura espera que más tarde se casará y a Dios gracias, eso sucede a veces. El demuestra menos diligencia; sabe que el matrimonio le creará deberes, lo atará por vínculos de que no podrá librarse y tiene apego a su independencia. “Esto durará lo que dure, piensa él; cuando tenga bastante...” Y en efecto, cuando está cansado, abandona a la pobre joven y al pequeño ser nacido de sus relaciones.

—¡Pero eso es muy cobarde!—dijo Genoveva.

—En efecto, es muy cobarde. Toda la gente que tiene corazón y conciencia, lo ha dicho como tú.

—Acaso, por lo menos, ¿no podría obligarse a los padres a criar a sus hijos?

—Es una grave cuestión la que promueves; se trata de ella desde largo tiempo sin llegar a resolverla.

—¿No es esa la que se llama la “investigación de la paternidad”?—preguntó Genoveva con un poco de vacilación.

—¿En dónde has oído hablar de la “investigación de la paternidad”?—exclamé, en el colmo del asombro.

—Aquí mismo, el día del almuerzo oficial. Mi tío Pablo, el Presidente del tribunal, el coronel Berthoud, tres o cuatro diputados y senadores, conversaban de eso, mientras se servía el café sobre la terraza. No me daba cuenta de lo que se trataba y de repente acabo de comprenderlo.

Nueva prueba de que con la actual existencia, es imposible mantener a las jóvenes en la absoluta ignorancia y que conviene instruir las, en vez de dejarlas interpretar las cosas de manera inexacta y a veces impropia.

—En efecto, la investigación de la paternidad, es, propiamente hablando, una *encuesta* para descubrir

al padre que se sustrae, a fin de obligarle a suministrar los subsidios necesarios para la alimentación y educación del pequeñuelo abandonado.

—¿No es esto, acaso, perfectamente justo?—exclamó Genoveva con firmeza.

—La verdad sale de la boca de los niños. En efecto, es la equidad misma; solamente que esta ley ofrece bastantes dificultades en su aplicación, para que haya vacilación en promulgarla.

—Es, precisamente, lo que decía el Presidente el otro día; pero el coronel y mi tío Pablo no compartían su opinión.

—Mientras que la justicia decida este punto, podemos siempre ayudar a las pobres jóvenes que conocemos, para criar a sus hijos.

—Ciertamente, sí,—dijo Genoveva muy entusiasmada,—y me encargaré bien sola del niño de Julieta; no debe costar mucho el sostenimiento de un pequeño sér como ese. Si quieres, mamá, seré su madrina.

—No, hija mía, no. Sería de nuestra parte una especie de aprobación a un acto, empero, muy reprehensible. Julieta, ciertamente, es menos culpable que el labrador, y repara su falta expresando el deseo de criar a su hijo; pero no por eso deja de haber cometido una falta.

Porque no se trata de dar la vida a seres nuevos, sin inquietarse de lo que será de ellos. Deben, en tanto que posible sea, asegurarles una vida normal, sana, útil a sus semejantes y a sí mismos. Ahora bien: la sociedad está organizada de tal suerte que, para alcanzar ese resultado, es indispensable la unión legítima del hombre y de la mujer. Es por esta razón que todas las religiones concuerdan en permitir la obra de la carne “solamente en matrimonio”.

Que te ocupes del bebé, nada mejor; por lo menos es un inocente. Pero no debes ir más allá. Las

madres-solteras tienen derecho a la solicitud de las gentes honradas, pero no a sus honores.

IX

El aborto

Las gentes de la fábrica están alarmadas por una gran historia. Acaba de ser detenida en la villa próxima, una partera acusada de numerosos abortos. Dos habitantes de ella: una lavandera, pobre joven abandonada y la almacenera, están implicadas en el asunto.

¡Y se hacen comentarios, bien sabe Dios!

Por más reservado que uno se muestre con Geneveva, ha tenido ella conocimiento del arresto. Gran emoción. Por las conversaciones oídas, ha comprendido lo que era el aborto, pero no se da cuenta del móvil.

—¡Qué locura —díceme,—el oponerse al nacimiento de un niño que tanto se ha deseado.

Tomada por sorpresa, no había preparado mi explicación como de ordinario lo hago. Me libré al azar para dirigir la conversación... a la casualidad y a cierta habilidad que me ha dado la costumbre de tratar con mi hija este género de asuntos.

—Es un crimen de cobardía,—respondí.—Se retrocede ante el cumplimiento de una tarea cuyo alcance no se había medido. Quizá, también, se había esperado no estar sola para llevarlo a cabo.

—Sí, mamá; pase para las abandonadas como la pobre joven lavandera del villorrio; pero la almacenera tiene marido: ella y él ganan bastante para vivir. Si no querían hijos, no tenían que ponerse en situación de tenerlos... Pero hay ciertamente cosas que no se comprenden bien.

—Cosas detestables, hija mía, y mucho me cuesta informarte sobre ellas. No obstante, prefiero decirte todo, a dejarte en una semi-ignorancia.

Así, pues, escúchame. Según nuestra costumbre, partiremos de lo conocido para ir a lo desconocido.

Cuando sientes hambre y comes, experimentas alivio, cierto bienestar, ¿no es verdad? Lo mismo sucede cuando tienes sed y bebes, cuando estás fatigada y descansas, cuando tienes sueño y duermes. Cada vez que obedecemos a las exigencias de la naturaleza, somos recompensados por una satisfacción que no definimos siempre muy bien, pero que nos envuelve, nos domina y buscamos sin duda a veces.

Ahora bien: si la satisfacción de necesidades vulgares, puramente materiales, tales como el hambre, la sed, el sueño, la fatiga, es para nosotros una causa de gozo, ¿qué será cuando se trata del acto augusto que asegura la continuación de la familia, de la raza, de la humanidad?; acto en que participa el sér todo entero, pero en el cual el papel del alma debe ser preponderante. El Creador ha querido que nuestra obediencia a esta ley dictada por él, fuese fuente de profunda beatitud.

Pero de que sea necesario para el mantenimiento y la reparación de nuestro organismo, el beber, el comer, el reposar, el dormir, no se deduce que sea menester ser intemperante, goloso, perezoso. Las gentes que tienen placer inmoderado en satisfacer sus apetitos son sensuales y la sensualidad no es indicio de alma noble.

Pues bien: peores son aquellos que en el amor buscan el placer y rechazan el deber, despreciando así el voto de la naturaleza que no tiene en vista, sino la perpetuación de las razas existentes.

Hemos visto ya, a propósito de Julieta, qué daño puede originar la transgresión de esta ley fundamental; el asunto que nos ocupa por el momento, trae desórdenes de orden diferente, pero quizá más graves aún.

Genoveva, demasiado joven para gustar de esta moral abstracta, interrúmpeme para preguntar:

—Pero, ¿cómo puede darse muerte a un niño no nacido aún?

—De muchas maneras. En primer lugar, ingiriendo drogas que lo envenenan.

—¿Y la madre no se envenena?

—Menos fácilmente. Es menester una dosis más fuerte para una persona adulta que para un pequeño ser apenas esbozado. Pero si ella no muere inmediatamente, su salud queda resentida; a veces perdida.

—Tanto peor para ella.

—No hay solamente brebajes. Existen instrumentos, “fierros” más crueles que el forceps, que presta ayuda en los nacimientos difíciles. Esos van a buscar al pequeño niño en el abrigo en que descansa y lo matan.

—¡Pero esto es espantoso!—dijo horrorizada Genoveva.

—En efecto, es espantoso. La maternidad, evocadora de las ideas más nobles, más conmovedoras, más sagradas, puede ser también ocasión de actos muy viles, muy abominables.

¡Esta pobre joven que ha motivado el arresto de la partera ha muerto y cuántas, entre otras, están estropeadas para toda la vida! ¡Cuántas están libradas a continuas torturas!

No puedo repetirlo bastante: la naturaleza se venga cruelmente de los que desconocen o desdeñan sus prescripciones.

No es eso todo. El dolor físico no basta a la expiación: la justicia humana, como lo ves, persigue y condena a los culpables, por lo menos, a una larga detención, a veces el presidio.

—Bien hecho está,—declaró mi hija con la implacable severidad de la juventud.

—¿No sería mejor tener una docena de hijos?

—Ya lo creo... Yo estaría encantada de tener doce hijos.

Terminamos. La perspectiva lejana de chicuelos que veía colgados a sus faldas, desvió un poco a Genoveva del tema lamentable que la ocasión me había obligado a tratar con ella.

X

El escote

Genoveva está invitada a un baile de compromiso matrimonial. Como se trata de una de sus primas, a quien va a servir de dama de honor, era imposible rehusar, pero su padre y yo estábamos contrariados en extremo.

Hasta aquí, habíamos evitado presentarla en sociedad, malgrado sus diez y ocho años cumplidos. No es que la confináramos; lejos de ello. Cuenta con algunas amigas que ve con frecuencia, sea en casa, sea en la de ellas. Estas amigas son de diferentes condiciones, pero todas educadas como nuestras hijas.

Se ven unas con otras por la mañana, almuerzan juntas, conversan bastante y pasan la tarde en juegos al aire libre, excursiones, remo. A veces, organizase una danza en las avenidas o sobre los céspedes, o bien trabajan a la aguja, dibujan, cantan, tocan el piano; todo de acuerdo con la estación y los recursos de cada una.

Pero siempre he evitado el baile propiamente dicho. La noche entera pasada en un aire confinado, viciado, el día siguiente empleado en dormir o recostarse de silla en silla, sin fuerzas, sin ánimo y mal humorada... No puede, en mi sentir, perderse el tiempo de manera más malsana.

Cuento con el apoyo enérgico de mi cuñado.

—Tenéis suerte de poder educar vuestras hijas en el campo, — dícame. — No disminuyáis los buenos efectos de esta educación con incursiones en la vida mundana, vida artificial y estúpida, que acaba

con la salud más robusta y con la inteligencia más bien templada.

Que Genoveva y sus hermanas duerman, pues, por la noche y que vivan en el día al aire libre y a la saludable luz del sol.

El padre se expresa de otra manera, pero siempre en igual sentido.

—Lo que me desagrada en el baile,—dice él,—independientemente de toda consideración higiénica, es el escote. No conozco nada que confirme el servilismo de las mujeres de manera más marcada y más impúdica.

Si Genoveva asiste al baile de esponsales de su prima, lo que no podemos evitar, quiero que sea con vestido de cuello alto. Es bastante, aún demasiado, que asista a esta exhibición de desnudeces, en la que no quiero que participe.

El corpiño de la chica no estará escotado, sino lo necesario para poner a descubierto el cuello; las mangas bajarán hasta el codo.

Estas medidas, calificadas de *draconianas*, no han sido adoptadas sin protesta. La costurera, principalmente, se ha manifestado ofuscada.

—¡Cómo, señora, un vestido con cuello alto...! ¿Para un baile? ¡Esto jamás se ha visto!

—¡Pues bien, eso se verá! Todo tiene principio.

—Tened presente que la señorita tiene un escote notable: ¡Hombros redondeados...! ¡Carnes firmes y rosadas...! ¡Pecho lleno, pero sin exageración...! ¡Unos brazos...! ¡Oh, qué brazos!... Es pecado disimular esos tesoros bajo tul.

—Y además,—añadió Genoveva, un poco despechada,—seré la única con vestido de niña.

—No, hija mía, no de niña, pero sí de niña modesta.

Alejada la costurera, hemos conversado muy seriamente.

—Mi bien amada: siéntome muy feliz que tengas hombros redondos, carne firme y rosada, pecho lleno pero sin exageración y brazos que no encuentran adjetivos para calificarlos: en resumen, todo lo que, según la costurera, constituye un “magnífico escote”; siéntome feliz porque todo eso es indicio de buena constitución y de salud floreciente; pero esto es todo; los extraños nada tienen que ver en ello.

Ahora bien: es para los extraños que se escotan. Jamás se atreverían a mostrarse en estricta intimidad, delante de su padre, de sus hermanos, de sus hijos, tal como se exhiben ante una multitud de desconocidos, cuyo grado de moralidad, o más bien dicho, de inmoralidad, se ignora.

¡No ves tú una mujer recibiendo a sus proveedores con el pecho y los brazos descubiertos...! ¡No existirían términos bastante enérgicos para condenarla: Pues bien: ¿qué diferencia puede existir entre las dos situaciones, si no es que en el baile la inconveniencia está aún centuplicada?

Estamos de tal modo acostumbradas a esa impudicia, que no nos sentimos lastimadas, malgrado estarlo en realidad y no veo por qué las mujeres que tienen pudor y coraje a la vez, no se libertarían de ella.

El pecho femenino es cosa sagrada. Es el recipiente de vida en que se abrevan las generaciones. ¿Cómo, pues, convertirlo en objeto de curiosidad indecente?

Ya en el siglo XVI, Laurent Jibet, sabio médico y a la vez moralista, preguntaba a las mujeres, si ellas creían que “la nature leur a donné des mamuelles pour orner leur poitrine et non pour allaiter leurs enfants”. Y tenía razón.

Tanto mejor para aquellas cuyos pechos están bien formados; es indicio de que darán a luz niños robustos, y que son capaces de amamantarlos. No hay para una mujer más bello título de gloria.

Cuando a Genoveva se hace vibrar la cuerda de la maternidad, seguro está uno de ser comprendido. Me abrazó con efusión y no pensó más en el escote.

XI

Afecciones venéreas

Entre nuestras mutualistas se encuentra una mujer que, después de siete hijos nacidos prematuramente, venidos a término o nacidos muertos, ha dado a luz uno vivo. Pero ¡Dios mío! ¡en qué estado!

Ese pequeñuelo, que a su nacimiento parecía fuerte o por lo menos tenía buen peso, es ahora, al cabo de seis semanas, objeto de horror. Sus ojos descoloridos, enturbiados, casi desaparecidos; su cráneo lleno de exóstosis; la piel cobriza salpicada de manchas rosadas obscuras; su cuerpo de tan poca consistencia que al recostarlo en su cuna se asemeja a pasta de engrudo, o bien que la piel va a hendirse, dejando escapar una mezcla extraña de grumos y pus... Es espantoso. He visto niños enfermizos, los que en el pueblo se llaman "podridos", pero nunca uno como éste.

Al principio, Genoveva estaba descorazonada ante semejante espectáculo; después estuvo conmovida por el pesar de la madre y ahora va a ver al pequeñuelo como lo hace con los demás. Solamente le he recomendado gran prudencia: no tocar jamás al niño, entrar en casa inmediatamente al salir de la del pobrecito, no acercarse a sus hermanos y hermanas sin haber hecho una minuciosa toilet. Genoveva conoce las reglas de la antisepsia y las observa escrupulosamente; puede uno confiar en ella.

Ayer, al volver de su jira, ha encontrado en casa a su tío Pablo, llegado por casualidad durante mi ausencia. Como se acercaba a ella para abrazarla, ha retrocedido con un movimiento de defensa.

—No, mi tío, ahora no; salgo de casa de Agustina Moulin.

—¿Quién es Agustina Moulin?

—Una mutualista, cuyo hijo está muy enfermo.

—¿Acaso ese chicuelo tiene peste, para que una simple visita te imponga cuarentena?

—No, tío mío, pero tiene daño en la nariz, en los ojos, en todas partes. Mamá va a explicaros eso mientras hago mi toilet.

Salida Genoveva, he comunicado a mi cuñado el estado del desgraciado chicuelo.

Exclamó con viveza:

—Es la mayor imprudencia dejar a Genoveva en contacto con ese niño. Basta tan sólo una cortadura, una pequeña erosión, una nada, en fin, para determinar una catástrofe.

—Lo he pensado también; pero en primer lugar Genoveva no toca al niño. Es la partera sola quien lo cuida y lo viste. Además, sabéis que vuestra sobrina es muy respetuosa de las leyes de la higiene. En fin, había para ella una lección de bondad, de sacrificio, que no he querido desperdiciar. ¿No pensáis también que debe contraer la costumbre de mirar de frente a la enfermedad, en cualquier forma que se presente?

—Bajo ese punto de vista tenéis razón; es una educación de coraje que no me atrevería a criticar. Y como debe sacarse todo el bien posible del mal que no puede impedirse, vamos a aprovechar el incidente para dar a Genoveva una lección que le servirá para toda la vida.

—Pero, por lo menos, ¿no váis a instruirla sobre esa abominación?

—Precisamente. Pero nada temáis. El asunto es más fácil de lo que pensáis. Y a más la ignorancia al respecto causa demasiados males para no procurar remediarlos en la medida de lo posible.

En ese momento la chica hacía su aparición, deslumbrante de frescura, de juventud, de salud, en contraste sorprendente con los miserables seres de que se iba a hablar.

—Genoveva,—dijo su tío, con aire grave y un poco inquieto,—ven aquí... Muéstrame tus manos... ¿Ninguna excoriación?... ¿Ningún padrastro que sangre? No. ¿Y los ojos? En perfecto estado... ¿La boca? Sana como plata. Muy bien. Por lo menos, ¿no tocas jamás a ese niño?

—No, no,—dijo Genoveva, con un poco de vacilación.

—No me place esa manera de responder. Habitualmente tienes la palabra más franca.

—Pues bien,—respondió Genoveva, recobrando su habitual franqueza.—No lo baño, ni lo visto, ni lo cuidado en manera alguna. Pero a veces, acaricio una de sus manitas o paso mi mano sobre su frente, nada más que para hacer creer a su madre que no me desagrada tanto como eso.

¡Ella sufre tanto! A menudo dice: “¡No es desgracia, señorita mía, presenciarse semejante cosa! Me produce este más pena que los que han muerto”.

—Es magnífico, mi querida Genoveva, vencer tu repulsión para consolar una madre que sufre; pero para ello no es necesario exponerte al contagio. Es por esta razón que, a los consejos de prudencia que te ha dado tu madre, debo añadir una lección surgida de mi experiencia de médico.

La enfermedad del pequeño Moulin es una de las más crueles, la más desconcertante que existe.

Penetra en nosotros por las mucosas, pasa de allí a la sangre, que la lleva a los sitios más recónditos de nuestro organismo, donde origina estragos desastrosos. La boca, la nariz, los ojos, primeramente; en seguida los huesos, el corazón, las arterias, el cerebro, el sistema nervioso, pueden estar atacados sucesiva o aún simultáneamente. Y demasiado

a menudo el paciente muere en la parálisis o la demencia.

Lo que la torna más terrible aún, es el ser eminentemente contagiosa y que nada la revela a los ojos del vulgo. No se desconfía de los que están atacados porque, durante cierto tiempo por lo menos, conservan todas las apariencias de la salud.

Es menester, pues, conocerla bien para resguardarse de ella. Es necesario que los que estén en edad de raciocinar aprendan a defender sus mucosas, es necesario que los que tienen a su cargo niños, suyos o ajenos, sepan que deben vigilarlos estrictamente, pues los pequeñuelos tienen la deplorable costumbre de llevar a la boca toda especie de cosas sucias, podría decir, *sobre todo* sucias.

Como esta educación es el fruto de la observación cotidiana, voy a citarte algunos ejemplos que te instruirán mejor que la fría teoría. Entonces, cosas de que no te preocupabas otras veces, te llamarán la atención y así adquirirás la experiencia necesaria.

Tengo entre mi clientela, una familia encantadora, compuesta del padre, la madre y tres niñas que, en la época a que me refiero, tenían respectivamente siete años, tres años y diez y ocho meses.

Hace algunos años, al comienzo del invierno, se me confió al segundo por una afección extraña que no comprendía absolutamente. Abrigaba sospechas, pero no me detenía en ellas. En efecto, ¿cómo creer que el terrible mal hubiera podido herir esa magnífica niña, nacida de padres muy sanos y excepcionalmente vigilada?

Sin embargo, al fin, preocupado por el giro que tomaban las cosas, solicité la opinión de un especialista y mis temores se vieron plenamente justificados.

Pero ¿de qué manera la pobre inocente había sido atacada? Una minuciosa encuesta sobre la época

probable de la infección, hizo descubrir lo siguiente:

En el otoño precedente, en un viaje de regreso a París, se había quejado de sed con insistencia tal, que la madre la había hecho descender con la sirvienta en una pequeña estación en que existía un buffet, consistente en simple cantina frecuentada por empleados del tren y obreros de la vía. Había bebido en un vaso contaminado; esto había bastado.

Imposible pintar el remordimiento de los padres, cuya imprudencia, o, más bien ignorancia del peligro, era la causa del horrible mal.

—Así, pues, ¿la pobre chiquita no puede más curar?—preguntó Genoveva con honda pena.

—Parece curada; y en efecto, con una vigilancia y cuidados incesantes, podrá vivir sin muchas miserias; pero uno no está jamás seguro de escapar al monstruo cuando ha puesto sobre uno sus garras. Es, pues, una existencia trastornada, perdida.

¿Quieres un segundo ejemplo, más lamentable aún? Trátase de un bebé de algunas semanas. Es un pañuelo el que esta vez sirvió de vehículo a la desgracia.

Una buena mañana, el niño, que hasta entonces había sido magnífico, se despierta con los ojos pegados. Creyendo en un simple aire no se inquietan los padres y se limitan a repetidos lavajes.

La situación empeora y se requiere un médico del barrio, que prescribe primeramente un colirio anodino. Pero bien pronto reconoce la gravedad de la afección y requiere la intervención de un oculista.

Para colmo de desdicha, es un domingo, un magnífico domingo en que todas las gentes están en el campo. Es menester esperar día y medio, treinta y seis horas durante las cuales el mal asume proporciones alarmantes. Después de una lucha que dura

meses, se alcanzó a salvar un ojo; el otro estaba totalmente perdido y en estado lastimoso.

Fué fácil establecer la causa de la infección. La nodriza, estando en el parque, había hecho un cambio involuntario de pañuelos con una colega suya, que tenía un niño atacado de oftalmía de naturaleza especial. El examen del cuerpo del delito y el análisis del pus que contenía, no dejó las más mínimas dudas al respecto.

Un caso más todavía. Trátase de un niño de obrero traído a mi consultorio de Saint Luc por un mal indefinido, que creí reconocer bien, pero cuyo origen no podía descubrir. Tenía al pequeñuelo en rigurosa observación, cuando un simple coriza me condujo al examen más atento de su nariz; esta vez encontré la puerta de entrada, en vano buscada.

La madre, interrogada de nuevo, recordó entonces que el chico, estando en el correo, se había introducido una lapicera hasta el fondo de su nariz. De esto había resultado ligera erosión y la salida de un poco de sangre que no había preocupado mayormente.

Ahora, he aquí lo que verosímilmente había pasado: algunos momentos antes, un individuo cualquiera, atacado de placas mucosas, se había servido de dicha lapicera, y según una costumbre común y sucia, la había llevado a la boca.

Era todo. Y esto había bastado para arruinar una existencia humana.

¿Piensas, acaso, que esta lamentable lista se haya terminado? ¡No, por desgracia, no!

Hace algún tiempo se me trae siempre al hospital, una joven niñera atacada de mal en el labio, una de esas insignificancias que no parecen nada, pero que no quieren curar.

Hecha la verificación, resultó que el bebé que tenía a su cargo estaba enfermo desde su nacimiento.

Y los padres, que la evidencia misma no llega a convencer, se asombran de que los tenga a mal traer, por haber expuesto al contagio a esa pequeña paisana robusta y sana, cuya salud está para siempre comprometida.

¡Por una insignificancia!—dicen ellos.—Pero todo el mundo tiene de esas. El fastidio es que todo esto dura tan largo tiempo.

Otro caso más: una maestra de escuela maternal, atacada más o menos de igual manera. Después de un serio examen de los pequeños alumnos, se reconoció que tres de ellos eran los causantes.

Los inspectores de nodrizas podrían decir hasta qué punto es frecuente la infección de las mujeres del campo por los niños que amamantan. Más rara vez, pero no excepcionalmente, los bebés son contaminados por sus nodrizas.

Para terminar, he aquí un hecho del que los periódicos de medicina mucho se han ocupado hace algunos años; lo someto a tus reflexiones y podrá serte de sumo provecho:

En cierto momento, uno de nuestros grandes especialistas quedó asombrado del número relativamente considerable de niños tiernos que le enviaban diferentes médicos, mostrando todos ellos signos inequívocos del mal que nos ocupa. Los padres de los pequeños no tenían, en su mayor parte, ninguna relación familiar o mundana, pero todos frecuentaban el mismo paseo, uno de los más aristocráticos de París.

Nuestro colega en vano buscaba la causa primera de este contagio, cuando un día, atravesando dicho paseo, observó un vendedor ambulante que vendía globos de goma, con música. Bien sabes lo que quiero decir: se sopla en un tubo de metal o de madera, el globo primero se infla y en seguida se vacía, produciendo un sonido más o menos agudo.

Para atraer la atención de los chicuelos, el vendedor verificaba él mismo la operación y entregaba a sus jóvenes clientes el aparato mojado en saliva.

Desconfiado por su profesión, el médico contemplaba con desagrado la maniobra, cuando el mercader, dirigiéndose hacia él, dijo:

—Doctor, ¿no me reconocéis?

—No, absolutamente.

—Sin embargo, he permanecido en vuestro servicio del hospital y a menudo repetíais que mi caso era interesante.

Para el especialista fué una revelación: sus pequeños enfermos formaban parte de la clientela del mercader de globos. Lo llevó aparte, lo reprendió severamente y le impuso que cesara en el más breve término su mortífero tráfico. Como contestara que le era necesario para ganar su subsistencia, el médico replicó:

—Vended cordones de zapatos, algodón para zurcir, alfileres, pero en adelante permaneced alejado de los niños de éste como de los demás barrios. Por otra parte, os haré vigilar muy de cerca, tenedlo por seguro.

Ahora bien: ¿cuántos pequeñuelos desgraciados habían sido infectados? Imposible sería decirlo. No todos habían sido enviados al especialista, pero éste había visto muchos, y una verdadera catástrofe se había cernido sobre los frequentadores del bello paseo.

Ahora viene la conclusión:

Si la madre de mi primera historia hubiera sido mejor instruída, habría dejado llorar de sed a su hija, antes que exponer su salud y su vida dejándola beber en vaso sospechoso.

Si la segunda madre no hubiera sido una hermosa mundana, como lo era, habría acompañado a su hijo en vez de confiarlo a una de esas mujeres ignorantes y tercas, una de esas nodrizas cuya presen-

cia en el seno de la familia constituye permanente peligro. Entonces el instinto de delicadeza y limpieza inherente a la educación practicada desde la cuna, hubieran hecho imposible ese cambio de pañuelos, cuyo resultado fué desastroso.

Si la obrera cuyo varón nos ha causado tanta zozobra, hubiera tenido conciencia del peligro, le habría corregido esa mala costumbre que tenía de introducir en la nariz toda clase de objetos.

Si la niñera y la joven institutriz hubieran estado prevenidas, se habrían mostrado más prudentes en su contacto inevitable con los niños a su cargo.

Si la mayoría de las jóvenes mujeres no tuvieran cabeza de chorlitos, que en nada piensan sino en la toilet, en las *soirées*, en las bellas relaciones, se ocuparían más de sus hijos, no los dejarían llevar a la boca juguetes sucios o envenenados e impartirían órdenes formales para que aquellos o aquellas que las reemplazan momentáneamente, procedieran del mismo modo.

La defensa contra el terrible mal no impone, como ves, ninguna acción heroica. Forma parte de la vigilancia que debe ejercerse sobre los niños, mientras no sean aptos para gobernarse por sí mismos.

A ese respecto, tu madre ha llenado su deber sin el menor desfallecimiento. ¿Acaso no está hoy recompensada por vuestra floreciente salud?

A fin de que estés bien convencida de la utilidad que hay en conocer el mal para combatirlo, voy a citarte un caso, en que mi intervención ha salvado, quizá, algunos niños inocentes. ¡Ay! de esos, mi pequeña Genoveva formaba parte.

Hace algunos años, en el curso de un paseo en familia, la casualidad quiso que atravesáramos una aldea en fiesta. Tus hermanos Carlos y Roberto no eran muy grandes, tú eras muy pequeña, tus primos Le Preux tenían nueve y once años.

Allí se vendía, naturalmente, toda la colección de esas estupideces, lo más a menudo sucias, tan comunes en esos regocijos populares y principalmente esos martinetes de papel liviano, cuyo mango está formado por una flauta.

Una banda de mirones de ambos sexos rodeaban un tendejón y ensayaban los instrumentos, unos después de otros, procurando dar los sonidos más discordantes.

Nuestros chicuelos quisieron, naturalmente, tener esos juguetes que llevaban el nombre elegante de "pequeña escoba" y las madres se disponían a cederles, cuando acercándome al negocio reconocí en la banda de atolondrados uno de mis jóvenes clientes, un incapaz que hacía la desesperación de la familia. Hacía algún tiempo lo había pasado a un colega especialista, pero lo veía, todavía, a veces, y sabía que su enfermedad estaba en período peligroso para los demás... Puedes juzgar de mi asombro.

Pregunté a la vendedora en cuánto avaluaba su provisión de horrores. Indicó ella una cifra muy superior a su precio real; no obstante, pagué sin regatear y sobre la marcha, destruí todos esos vehículos de contagio.

En seguida, sin cuidarme de la susceptibilidad de los concurrentes, que manifiestamente habían bebido en demasía, dije en alta voz a la buena mujer:

—Nunca dejéis ensayar vuestras músicas antes de librarlas a los compradores. ¿Acaso sabéis qué puercos tenéis por delante?

Y para la edificación de los presentes, añadí:

—Soy médico y sé lo que digo.

El culpable, que me había reconocido, bajó la cabeza y nada contestó.

Entonces, aunque sin divulgar el secreto profesional, les eché un sermón a las jóvenes madres mostrándoles el peligro, tomado, por decir así, "infra-ganti". He tenido la satisfacción de ver que mi lec-

ción había sido bien aprovechada.

Pero si tenemos derecho a criticar a aquellos que, por descuido, siembran la enfermedad a su alrededor, ¿qué pensar de los miserables, que por su interés o su satisfacción personal, no vacilan en sacrificar existencias humanas? Me refiero a los que se casan, reconociéndose enfermos; esos son más culpables de lo que te imaginas. Pues no es, generalmente, por un accidente deplorable, como los pobres niños de que te he hablado, como la niñera, como la joven institutriz, que han sido heridos. No.

El mal que nos ocupa es, sobre todo, mal de libertinaje; y en la inmensa mayoría de los casos, es en la mala conducta, en el vicio, en las frecuentaciones vergonzosas, que se ha adquirido la infección. Ello te explica por qué me haya servido de un epíteto mal sonante para calificar a los paseantes de la tienda de juguetes.

La primera víctima de esos miserables es la joven desposada. ¿Cuántas de esas pobres jóvenes no se ven sanas, frescas, fuertes, cuyo matrimonio las convierte en inválidas, destinadas a la silla larga, a operaciones quirúrgicas, a torturas sin nombre y sin fin?

¿Es eso todo? No, ¡ay! Te he dicho que esta enfermedad terrible penetra hasta los últimos rincones del organismo; que el cuerpo está, por decir así, impregnado; que la sangre, la médula, los huesos, la piel, retienen y llevan el veneno. ¿Te das bien cuenta, entonces, a qué punto la herencia pesa fuertemente sobre la progenitura de los enfermos?

Por dicha—triste dicha—sus hijos no llegan a término, sino rara vez; otros mueren al nacer o poco después del nacimiento. Algunos duran más largo tiempo, pero ¡en qué estado! Lo ves, por otra parte, en tu pequeño protegido; y no es el solo en soportar su vida. En cuanto a aquellos que resisten, valdría mejor para ellos y para su descendencia que no hu-

bieran visto jamás el día: enclenques, estropeados, contrahechos, raquíuticos, o bien epilépticos, idiotas, dementes.

Pero me dirás que este cuadro es lamentable. Te contestaré que es incompleto. Te menciono lo que todo el mundo puede ver, sin hablarte de lo que se confía a nosotros, médicos, y de lo que adivinamos de decadencia, de taras, de secretas desesperaciones. Es como para hacer temblar.

Así, los padres que entregan a sus hijas únicamente por ventajas materiales, por la gloria, por el dinero, son imbéciles o criminales; imbéciles por no conocer y preveer las desastrosas consecuencias de ciertas enfermedades; criminales, si previéndolas, no las toman en cuenta. ¿Crees tú que más tarde su pobre hijo sacrificado no tendrá derecho de maldecirlos?

¿Qué significa una gran fortuna, una situación brillante o un nombre sonoro, comparado con un alma recta, leal, enérgica, espíritu sano, cuerpo joven con miembros flexibles, todo ello accionado por una sangre pura y generosa?

Es cuestión de imponer a los hombres que se casan un certificado médico, comprobatorio del buen estado de su salud. Espero que se llegará a ello, a despecho de lo que algunos llaman "legítimas susceptibilidades". Pues bien, me río de la susceptibilidad de egoístas que no temen librar a los peores males a la mujer e hijos.

Aquellos que nada tienen que reprocharse, no estarán molestados por el examen; los otros quedarán solteros: es el único oficio que les conviene.

He aquí cosas bien graves para tus diez y ocho años, mi pequeña Genoveva, que no hay costumbre de revelar a las jóvenes. En efecto, ese terrible mal está casi siempre acompañado de circunstancias de tal modo sucias, que se habla lo menos posible; y

todavía con palabras encubiertas, sin atreverse a pronunciar su nombre.

Y bien: ese nombre voy a dártelo yo. No es más vergonzoso que la cosa; y puesto que estás más en el caso de hacer alusión a él, ¿para qué emplear eufemismos y perífrasis?

Es la sífilis. Es menester conocerla para temerla, como se teme la lepra y la rabia.

Es menester que las madres, haciendo callar escrúpulos fuera de lugar, la estudien concienzudamente a fin de saber proteger a sus hijos pequeños, contra el contagio; a los grandes, contra el libertinaje.

APÉNDICE

ACCION DE LA LIGA

La Liga Argentina de Profilaxis Social fué fundada el 19 de Mayo de 1921. El nacimiento de la nueva asociación fué anunciado al público por cinco carteles, con diversas leyendas y consejos de profilaxis, que fueron fijados con profusión en los muros de las calles de la metrópoli y muchas ciudades del interior del país.

Inmediatamente de creada, la Liga dirigió al Congreso Nacional una comunicación, solicitando la sanción de diversas medidas legislativas; para no citar sino las más importantes: certificado de sanidad para el matrimonio; protección amplia de la mujer y el niño en la primera infancia; iguales derechos del hijo ilegítimo que el legítimo; medidas sobre promesas matrimoniales; penas severas para reprimir el aborto criminal, etc., etc.

Dirigió también al Ministerio de Instrucción Pública una comunicación, solicitando que en los programas de estudio de los colegios nacionales, escuelas normales y demás institutos de enseñanza secundaria, se incluyeran nociones claras y precisas sobre el peligro venéreo. Insinuó también la conveniencia de establecer en ciertos colegios la educación sexual, a título de ensayo.

De los Ministerios de la Guerra y Marina, la Liga solicitó la impresión y distribución entre los conscriptos, de volantes con instrucciones antialcohólicas, antituberculosas y antivenéreas, indicando que podrían hacerse figurar en la libreta de enrolamiento.

La Liga, considerando que su primordial objetivo debía ser la propaganda, tendiente a realizar la educación popular contra las enfermedades venéreas, inició de inmediato una intensa campaña con ese fin, la que ha continuado ininterrumpidamente hasta el presente. Se han publicado diez y seis folletos, en cantidad de 300.000 ejemplares; diez volantes, en número de 500.000 y varios centenares de miles de carteles ilustrativos, los que han sido distribuidos profusamente entre el público, obreros de los ferrocarriles y grandes empresas industriales, oficinas públicas, ejército y armada, etc. Se han realizado alrededor de cien conferencias, a cargo de médicos, en la capital y el interior, ilustradas con diapositivos y películas cinematográficas, (para lo cual cuenta con diez "films", con un total de 10.000 metros de extensión, adquiridos en los Estados Unidos de América). Estos actos, que han reunido extraordinaria concurrencia, se han verificado en talleres, fábricas, usinas, centros obreros, sociedades diversas y también en los grandes teatros de la capital y ciudades del interior, para el público en general. Algunas conferencias se han dado para obreras, exclusivamente, en cuyo caso han estado a cargo de doctoras en medicina.

Además de la Capital Federal, se han realizado conferencias, hasta la fecha, en Avellaneda, La Plata, Bahía Blanca, Concordia, Dolores, Luján, Zárate, Junín, Río Santiago, Morón, Lomas de Zamora, Lanús, Remedios de Escalada, Adrogué, Punta Alta e Ingeniero White.

Por invitación del Ministerio de Marina, la Liga ha verificado un ciclo de conferencias dirigidas a los conscriptos de la Armada Nacional, en las tres bases navales.

Bajo los auspicios del Ministerio de Instrucción Pública y del Consejo Nacional de Educación, se han dado conferencias a los alumnos de los últimos cursos de los establecimientos de enseñanza secun-

daria, y otras, dirigidas al profesorado y magisterio, especialmente sobre "educación sexual", con objeto de efectuar la educación de los educadores.

Del Consejo Nacional de Educación la Liga obtuvo, asimismo, la publicación, en su órgano oficial, "El Monitor de la Educación Común", de la versión española del folleto de Mme. Jeanne Leroy Allais, titulado: "De cómo he instruído a mis hijas sobre las cosas de la maternidad", así como la distribución, entre el personal docente de las escuelas, del folleto del doctor Calmette, titulado: "Simple conversación familiar para la educación sexual de los jóvenes de quince años de edad", donados por la Liga con ese objeto.

La Liga se propone organizar la representación de piezas teatrales acerca del peligro venéreo.

Por su iniciativa se creó, a principios del año pasado, una institución para efectuar la regeneración y rehabilitación de la mujer caída, por el estilo de "L'Oeuvre Libératrice", de París, la que, desgraciadamente, no prosperó, debido a la falta de apoyo de los poderes públicos.

Por indicación de la Liga, una importante farmacia de la Capital Federal ha comenzado a fabricar y puesto a la venta, a precio reducido, una pomada para evitar las enfermedades venéreas, a la que se ha dado el nombre de "Aluol". La pomada es, a un tiempo, treponemicida y gonicida, estando contenida en un pomito cuyo cuello alargado se introduce en la uretra. Cada pomito, que contiene la cantidad de preparado necesaria para una sola aplicación, va acompañado de un prospecto, habiéndose impresionado una película demostrando la forma de utilizarlo.

La Liga ha dirigido al Cuerpo Médico de la República unas encuestas médico-sociales, para conocer las relaciones de la sífilis y tuberculosis, sífilis y cáncer y sífilis, mortinatalidad y mortalidad infantiles.

La Liga publica un Boletín mensual, que es su órgano oficial. La prensa diaria y médica del país se ocupa frecuentemente de la labor de la Liga, habiendo merecido artículos editoriales en sus principales organos, aplaudiendo la obra que desarrolla.

La acción de la Liga ha sido expuesta por su presidente, en el Segundo Congreso Sudamericano de Dermatología y Sifilografía, reunido en Montevideo, en 1921 y en el Segundo Congreso Nacional de Medicina, reunido en esta capital en 1922.

Actualmente la Liga realiza activas gestiones ante las autoridades nacionales y municipales para obtener su concurso financiero; para establecer, lo más pronto posible, dos dispensarios venereológicos "tipo", uno para hombres y otro para mujeres, y para que sean convenientemente organizados y dotados los dispensarios antivenéreos municipales, que representan, por así decirlo, una obra apenas bosquejada; para que los medicamentos antivenéreos sean declarados, por ley del Congreso, exentos de derechos de aduana; para que el Congreso Nacional sancione una ley que permita combatir eficazmente el charlatanismo y curanderismo; para establecer, tan pronto lo permitan sus recursos, un museo venereológico público; para que las damas argentinas constituyan una asociación para realizar la regeneración y rehabilitación de la mujer caída.

Después de haberse abocado al problema ardiente de la prostitución, la Liga ha resuelto sostener la "reglamentación perfeccionada", propuesta por el doctor Gougerot, en la que el sistema coercitivo se ve reducido a su mínima expresión y no subsiste sino para las rebeldes, puesto que toda meretriz dócil, es decir, que consienta en conducirse bien y en someterse a la curación debida, puede verse alejada de la reglamentación por el sistema del convencimiento y la dulzura. No puede haber consideración alguna, en cambio, con esas mujeres desho-

nestas que, sabiéndose enfermas y contagiosas, no se deciden a cuidarse y el Estado tiene derecho a tratarlas con rigor. Así, pues, la reglamentación propuesta por la Liga es un término medio entre la antigua reglamentación y el abolicionismo; un sistema de transición, de acuerdo con las necesidades actuales.

La Liga Argentina considera que, dada la mentalidad de estos países latino-americanos y las ideas reinantes en sus cuerpos médicos, no hay que pensar, por ahora, en la declaración obligatoria de las enfermedades venéreas, ni tampoco pretender instituir el delito civil y penal de contaminación venérea, propuestos por varios tratadistas, pero que vendrán, ciertamente, más adelante, cuando el público esté instruido al respecto.

PELICULAS CINEMATOGRAFICAS UTILIZADAS POR LA LIGA

- 1.—¡Madres, educad vuestras hijas! (6 actos).
- 2.—Cómo comienza la vida (4 actos).
- 3.—Las enfermedades venéreas (3 actos).
- 4.—La sífilis (2 actos).
- 5.—La gonorrea en el hombre (3 actos).
- 6.—Defensa social contra la prostitución (2 actos).
- 7.—Protección social femenina (3 actos).
- 8.—Las enfermedades venéreas (para mujeres), (2 actos).
- 9.—Cuatro enemigos de la humanidad (1 acto).
- 10.—Profilaxis individual de las enfermedades venéreas (1 acto).

FOLLETOS

N.º 1.—Por la salud y el vigor de la raza. Plan de defensa social contra las enfermedades venéreas, por el Dr. Alfredo Fernández Verano, fundador y presidente de la Liga. Comunicaciones al Congreso

Nacional, al Ministerio de Instrucción Pública y al Intendente Municipal de la Capital (Publicado).

N.º 2.—Para nuestros hijos cuando tengan 18 años, por el profesor Alfredo Fournier. (Publicado).

N.º 3.—Para nuestras hijas, cuando sus madres estimen necesarios estos consejos, por el Dr. C. Burelureaux. (Publicado).

N.º 4.—A la juventud. Por el porvenir de la raza, por el profesor A. Pinard, de París. (Publicado).

N.º 5.—Simple conversación familiar para la educación sexual de los jóvenes de quince años de edad, por el profesor A. Calmette. (Publicado).

N.º 6.—El respeto a la mujer, por Frank Thomas. (Publicado).

N.º 7.—Conferencia del doctor A. Vernes, director del Instituto profiláctico de la sífilis, de París, ante la asociación de señoras de "l'Oeuvre libératrice", de París. (Publicado).

N.º 8.—Profilaxis individual de las enfermedades venéreas, por el Dr. Gambier (de París). Conferencia dada en la Asociación General de Estudiantes de París. (Publicado).

N.º 9.—Los prejuicios sexuales y sus consecuencias, por el doctor Alfredo Fernández Verano. (Publicado).

N.º 10.—Conferencia sobre enfermedades venéreas, por el doctor Gambier. (Publicado).

N.º 11.—El poder del hombre. (Publicación del Servicio de Sanidad Pública de los Estados Unidos de América). (Publicado).

N.º 12.—Las enfermedades venéreas. Su índole y modo de combatirlas, por el doctor Bruno Bloch, de Zurich. (Publicado).

N.º 13.—Preguntas de los pequeños y sus correspondientes respuestas. (Publicación de la Asociación Americana de Higiene Social). (Publicado).

N.º 14.—De cómo he instruído a mis hijas sobre las cosas de la maternidad, por Mme. Jeanne Leroy-Allais. (Publicado).

N.º 15.—Cómo luchar contra las enfermedades venéreas en su ciudad. (Publicación del Servicio de Sanidad Pública de los Estados Unidos de América). (Publicado).

N.º 16.—Lucha antivenérea en la Argentina. Acción de la Liga Argentina de Profilaxis Social, por el doctor Alfredo Fernández Verano. (Publicado).

N.º 17.—Lo que todos deben saber sobre las enfermedades venéreas, por el doctor P. Narbel.

N.º 18.—Peligro social de la sífilis, por el profesor A. Fournier.

N.º 19.—Liga contra la sífilis, por el profesor A. Fournier.

N.º 20.—Preguntas y respuestas para muchachas. (Publicación de la Asociación Americana de Higiene Social).

N.º 21.—La vida sexual y sus peligros, por el doctor Jullien.

VOLANTES

N.º 1.—Argentinos y extranjeros: precaveos; la peste y el cólera han sido vencidos, pero quedan por combatir mayores enemigos: el alcoholismo, la tuberculosis, las enfermedades venéreas, por el profesor H. Gougerot, de París. (Publicado).

N.º 2.—Aviso a los futuros cónyuges, por el profesor Alfredo Fournier, de París. (Publicado).

N.º 3.—A las damas argentinas y extranjeras. Rehabilitación y regeneración de la mujer caída. (Publicado).

N.º 4.—Noticia para los futuros esposos. Publicación de la Oficina Sanitaria de Berlín (1920). (Publicado).

N.º 5.—Certificado de salud y matrimonio. A los padres de familia. (Publicado).

N.º 6.—Educación sexual, por la doctora P. K. (Publicado).

N.º 7.—Profilaxis individual de las enfermedades venéreas, por el Dr. M. Carle (de Lyon). (Publicado).

N.º 8.—La herencia sifilítica. (Publicado).

N.º 9.—La Liga Argentina de Profilaxis Social ha declarado la guerra a las enfermedades venéreas. (Publicado).

N.º 10.—A los conscriptos del ejército y de la armada. (Instrucciones distribuidas en Francia por orden de los respectivos ministerios). (Publicado).

N.º 11.—La sífilis. Sus peligros. (Publicación del Comité de Propaganda de Higiene Social y de Educación Profiláctica de Francia).

N.º 12.—Vocabulario de los términos técnicos empleados en las diversas publicaciones de propaganda de la Liga.

N.º 13.—Lucha contra la sífilis congénita.

N.º 14.—La verdad acerca de la gonorrea. (Publicación de la Asociación Americana de Higiene Social).

N.º 15.—La verdad acerca de la sífilis. (Publicación de la Asociación Americana de Higiene Social).

Contribución de la Farmacia FRANCO - INGLESA

Sarmiento y Florida

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

SA